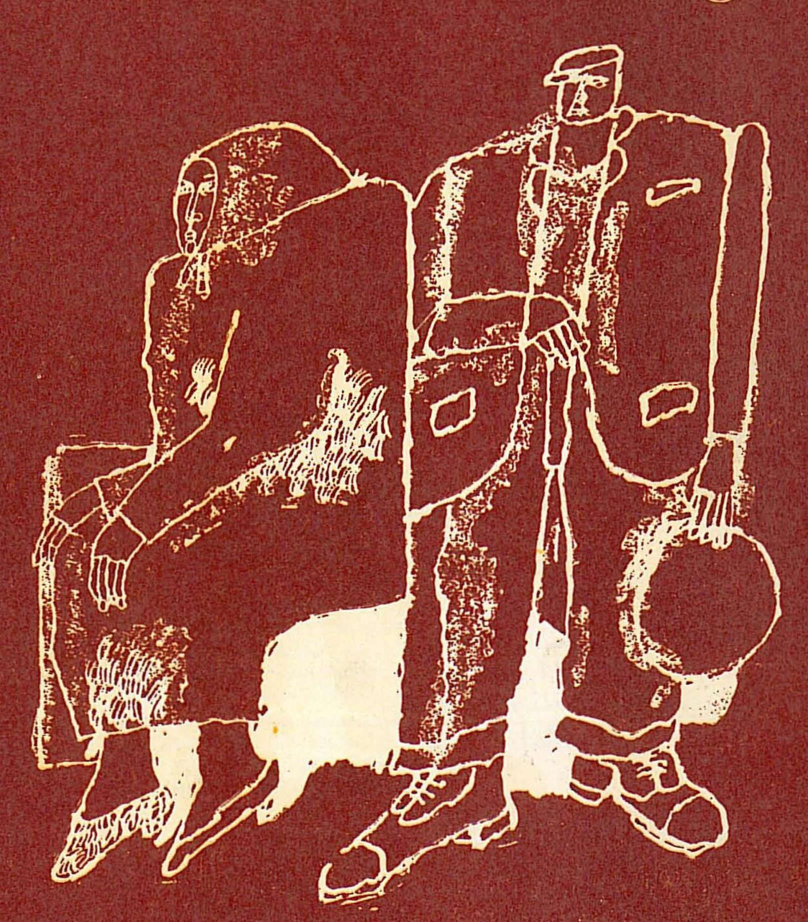
EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES~II

Daniel Vidart - Renzo Pi Hugarte



nuestra tierra 39

nuestra tierra 39

EDITORES:
DANIEL ALJANATI
MARIO BENEDETTO

ASESOR GENERAL:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS:
Prof. DANIEL VIDART

ASESOR EN CIENCIAS BIOLÓGICAS:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ECONÓMICAS:
Dr. JOSÉ CLAUDIO WILLIMAN h.

ASESOR EN CIENCIAS GEOGRÁFICAS:
Prof. GERMÁN WETTSTEIN

ASESOR EN CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS:
Prof. MARIO SAMBARINO

SECRETARIO DE REDACCIÓN:
JULIO ROSSIELLO

SECRETARIO GRÁFICO:
HORACIO AÑÓN

DEPARTAMENTO DE FOTOGRAFÍA:
AMÍLCAR M. PERSICHETTI

Distribuidor general: ALBE Soc. Com., Cerrito 566, esc. 2, tel. 8 56 92, Montevideo. Distribuidor para el interior, quioscos y venta callejera: Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Ciudadela 1424, tel. 8 51 55, Montevideo.

LAS OPINIONES DE LOS AUTORES NO SON NECESARIAMENTE COMPARTIDAS POR LOS EDITORES Y LOS ASESORES.

Carátula: Domingo Ferreira (Mingo).

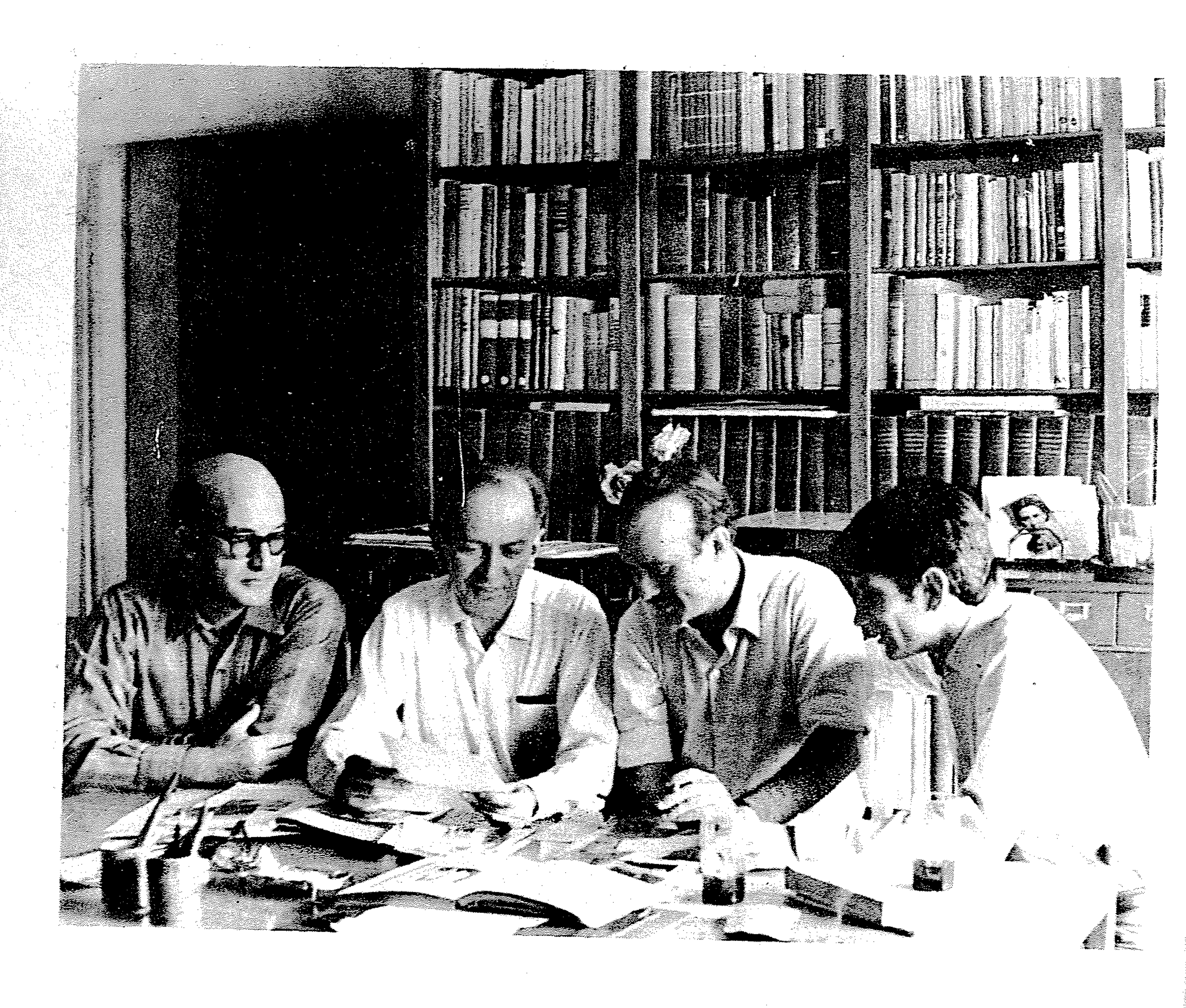
Las fotografías que ilustran este volumen, salvo indicación expresa, pertenecen a Daniel Vidart.

EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES~II

Daniel Vidart - Renzo Pi Hugarte

Segunda Parte
LOS EUROPEOS

POBLACIÓN Y CULTURA DE LA PATRIA VIEJA	3
El trasfondo indígena	3
El proceso histórico del poblamiento nacional	4
La cultura hispánica nuclear	8
El impacto demográfico de la conquista	8
La secuela del latifundismo andaluz	9
Plan cuadriculado del asentamiento urbano	10
La vivienda rural	10
Repertorio ergológico del trabajo campesino	10
Artesanías y vestido	12
Herramientas y artes de pesca	12
La estancia y su mundo	12
Valores sociales	13
Valores familiares	13
Valores religiosos	14
LA INMIGRACIÓN FRANCESA	15
La pequeña Francia uruguaya	15
La etnia vasca	17
Pirenaicos orientales: bearneses y bigourdianos	19
Franceses no pirenaicos	19
El legado de Francia	20
LA INMIGRACIÓN ESPAÑOLA	22
Factores expulsivos	22
El legado cultural de los españoles	24
Los canarios	24
Los gallegos	29
LA INMIGRACIÓN ITALIANA	33
El legado cultural del "cocolichismo"	33
OTRAS CORRIENTES INMIGRATORIAS	38
Piamonteses y helvéticos	40
Los valdenses	40
La próspera Colonia Suiza	43
Los eslavos	44
Los judíos	50
CONCLUSIÓN - Los orientales y los uruguayos	55
Apéndice I - Extranjeros en Uruguay según el censo de 1963	58
Apéndice II - El legado de los inmigrantes (plan para una investigación ampliada)	59
Bibliografía	60



Los autores (al centro) junto con integrantes del equipo técnico de "Nuestra Tierra".

POBLACION Y CULTURA DE LA PATRIA VIEJA

EL TRASFONDO INDIGENA

Cuando se discute el exacto término que debe designar a los pueblos, culturas y naciones que se extienden desde el río Bravo, en el septentrión de México, a la Tierra del Fuego, en el extremo magallánico, se recurre a denominaciones que no incluyen, por su parcialidad, los caracteres peculiares de esta extensa y compleja región formada por América Media, América Insular y América del Sur.

Si se prefiere el término América Latina —acuñado en Francia y saturado de intencionalidad despistadora— se desdeña el rico y significativo trasfondo indígena y se apunta, saltando sobre el patrimonio de Iberia, al legado cultural de la vieja Romania; si se la considera sólo como Indoamérica —denominación puesta en boga hacia los años treinta por los apristas peruanos— se prescinde de los contingentes demográficos y las culturas extracontinentales; si se la denomina América Ibérica o se achica aun más el ruedo llamándola América Hispana o Hispanoamérica, quedan afuera los indios, los africanos y los europeos no españoles de cultura latina, en particular los italianos y franceses, y en el último caso los portugueses. Atentos a estos peligros ciertos autores han querido resguardarse de las vaguedades del cosmopolitismo integral reclamado por J. Vasconcelos en su *Raza Cósmica* o de las connotaciones imperialistas del panamericanismo a lo Waldo Frank o Charles Griffin, al proponer una tetrapartición. No hay una sino cuatro Américas: la india, la negra, la mestiza y la blanca. Dicha regionalización, basada en meros énfasis raciales, no resuelve nada y complica aun más las cosas. Lo juicioso, por consiguiente, es dejar de lado las discusiones que tienen raíz nacionalista, o política, o que se fundan en una vaga metafísica étnica (DELGADO, 1957),

para atender a los rasgos distintivos de cada complejo regional.

Ningún historiador o antropólogo podrá oponerse a la sencilla distinción cronológica que es posible establecer denominando culturas paleoamericanas a las vigentes en América indígena hasta 1492 y culturas neoamericanas a las surgidas de las aculturaciones europeas y africana entre esa fecha y nuestros días. En dicho entendido, vamos a caracterizar brevísimamente la cultura paleoamericana.

En trabajos anteriores (VIDART: 1965; PI HUGARTE: 1969) hemos estudiado los caracteres culturales de nuestros pueblos prehistóricos. Corresponde decir ahora que al tiempo de la Conquista había pocos indígenas en el Uruguay. Calcula Wolfe que la caza nomádica exige de 200 a 500 km^2 por persona, aunque la riqueza faunística del Uruguay haya hecho pensar a autores como Steward que existían de 2,5 a 5 personas por km^2. Nuestros indígenas, como se sabe, poseían un nivel cultural sumamente modesto. No cultivaban la tierra ni construían ciudades como los de las culturas Sierrales (COOPER, 1942); no plantaban tubérculos en los claros abiertos mediante la quema de bosque (roza) ni poseían una ergología rica como los de las culturas Silvales. Nomádicos, cazadores a distancia los unos y semisedentarios los otros, los indios de la Banda Oriental estaban encuadrados por el marco de las culturas Marginales, cuyo repertorio de artefactos y mentefactos era pobre y cuyo caudal demográfico, en consecuencia, era débil. Por todos estos conceptos no hubo en el Uruguay un poderoso y significativo contingente indígena en el pasado. Prontamente destribalizado y absorbido por una veloz europeización del territorio —que se hizo con la ayuda de una geografía dócil, la impronta de la ganadería y la rebarbarización del legado cultural transatlántico— el indio desaparece del escenario nacional. Sus tenues herencias traspasan al gaucho los dispositivos de un área etnográfica mayor —si las boleadoras son locales, el chiripá, el mate y la vincha son alóctonos— y conservan, desde el punto de vista somático, los rasgos amerindios en algunos miles de mestizos, cada generación más leucodérmicos, que pueblan las áreas septentrionales del viejo interior ganadero de cultura "paisana".

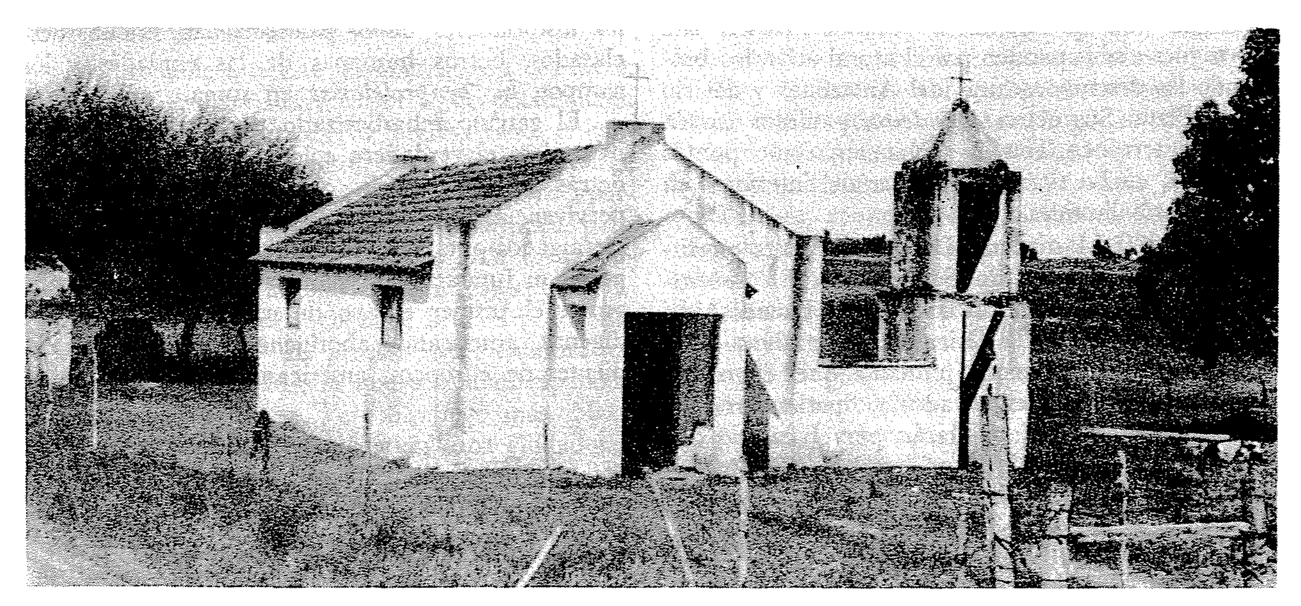
El Uruguay no está inscripto en la zona indoamericana o afroamericana que el Perú o el *recôncavo* de Bahía ejemplifican con sus respectivas prevalencias xantodérmicas o melanodérmicas. Pertenece a una América "blanca" nacida a raíz del torrencial desembarco de inmigrantes del área de cultura latina —mediterráneos, alpinos, remanentes nórdicos— cuyos aportes culturales y somáticos constituyen los elementos preponderantes de la etnia nacional.

PROCESO HISTORICO DEL POBLAMIENTO NACIONAL

La Banda Oriental se pobló tardíamente. No obstante, desde los inicios de la Conquista hubo intentos de colonización que abortaron por diversas causas: resistencia del indígena, escaso atractivo de unas tierras desprovistas de minas, predominio estratégico de Asunción, etc. Dichos intentos pueden clasificarse del siguiente modo.

POBLAMIENTO FUNDACIONAL

Abarca una serie de intentos frustrados que se suceden durante el siglo XVI. Los españoles se establecen en el chaflán del sudoeste, en la zona donde desembocan en el Plata los ríos Paraná y Uruguay. Se levantan modestos poblados, se asientan familias y se siembra trigo. En todos los casos



La presencia de la Iglesia, una temprana constante cultural en nuestro territorio.

los malones indígenas acaban con ranchos y sementeras, desalentando a los pioneros de una conquista violenta no suficientemente apoyada por la tradicional furia española. Hitos de este poblamiento fundacional son los establecimientos devastados de San Salvador (1527), San Juan (1552) y San Gabriel (1573).

POBLAMIENTO MISIONAL

Fracasada la conquista por la espada se recurre a la conquista por la cruz y se establecen entonces los jesuitas en el alto Uruguay por el 1619, fundando con 200 familias guaraníes el pueblo de Ibiricuará. Las Misiones de la margen izquierda del alto Uruguay son atacadas una y otra vez por los mamelucos paulistas. Finalmente se retiran a la margen derecha y a mediados del siglo XVII vuelven a la izquierda y fundan la estancia de los Pinares. Tanto desde este establecimiento como desde Yapeyú, situado en la confluencia del Ibicuy en el Uruguay, se efectúan entradas en la Vaquería del Mar situada al sur del río Negro para arrear ganados. Los Camiluchos, vaqueros indios, guaranizan toponímicamente al Uruguay y difunden en su interior los productos de la cultura "mestiza" sincretizada en las Misiones. Recién hacia el 1726, y no en el 1624, como sostiene Ordoñana y apoya Zum Felde, son reducidos los chanaes en Santo Domingo Soriano por los franciscanos.

POBLAMIENTO GEOPOLITICO

El Tratado de Tordesillas había limitado los establecimientos portugueses a una zona poco extensa en la costa del Brasil. Pero la *praxis* colonialista

fue más allá que la teoría internacionalista. Los portugueses se expanden por el litoral atlántico buscando las desembocaduras del Amazonas y del río de la Plata. Sus activas *bandeiras* paulistas parten del mediterráneo Tieté y se hincan, como puntas de lanza, en las tierras incógnitas del interior y en los remotos litorales.

En 1680 Manuel de Lobo, navegante portugués, funda Colonia do Sacramento. El *Lebensraum* portugués desafía a la española Buenos Aires y asienta en la Banda Oriental, desde ahora para siempre, un contingente humano que engrosará las filas de los "desgaritados", "pasianderos" y "mozos sueltos" que pulularán por el campo durante largos decenios.

POBLAMIENTO ESPONTANEO

Los vacunos desembarcados por orden de Hernandarias en 1611 y 1617 se multiplican prodigiosamente al sur del río Negro. Y los provenientes de las Misiones Jesuíticas, por su parte, invaden las tierras al norte de aquél. Tras los ganados vienen los hombres: *bandeirantes* portugueses, troperos guaraníes, faeneros y "obligados" de la otra banda del Uruguay —porteños, entrerrianos, correntinos, santafecinos, puntanos, cuyanos, paraguayos, cordobeses—. En ocasiones desembarcan en Maldonado piratas transatlánticos para reponer su agotado avituallamiento de *bucan*. Antes de fundarse una ciudad la inmensa y salvaje dehesa de las cuchillas recibe pobladores blancos que se mezclan con las mujeres indígenas. En la Banda Oriental conviven los fugados de la justicia ibérica y los marginales socioeconómicos que no caben en el estrecho mercado de trabajo colonial. Estos integrantes del inframundo de la Patria Vieja, a quienes los documentos oficiales de la época motejan de "vagos" y "malentretenidos" son, según los historiadores de la paleosociedad criolla, desclasados, borras humanas de las ciudades y los campos, *lu penproletariat* en suma.

El ganado rebarbarizado por el rudo entorno natural es el verdadero colonizador etnozoológico: detrás de su presencia, que supone sustento y supervivencia, penetran los grupos de hombres desarraigados que, espontáneamente, sin designio imperial ni fundacional, colonizan el desierto e inauguran el primer ensayo de coexistencia entre indígenas, americanos aborígenes y criollos descendientes de europeos, americanos por accesión.

Desde el gaditano mirador colonial, Montevideo avizora el puerto y la trastierra de la ciudad.



POBLAMIENTO REIVINDICATIVO

Es probable que este término no sea el exacto. Tal vez se le deba sustituir por el de poblamiento fundacional o dialéctico. No interesa tanto el calificativo como el hecho histórico. Montevideo surge como tal, un fuerte español en una ribera aportuguesada y frente a una trastierra anárquica, para poner freno a los avances lusitanos. Ya los portugueses estaban por instalarse definitivamente en la Bahía de Montevideo cuando Bruno de Zabala comienza en 1724 un proceso que culmina en 1726: la erección de una nueva ciudad española, amurallada y artillada. Pero hay algo más. Montevideo es, en más de un sentido, una ciudad reivindicativa y represiva a un tiempo; no obstante, su presencia inaugura la etapa de un poblamiento centrípeto, racionalizado. Una vez delineada su jurisdicción, que abarca un octavo de la superficie de la actual República, distribuye entre los primeros modestos pobladores, a los que se confiere el pomposo título de hijosdalgo, chacras y suertes de estancias. Primero se otorgan las chacras cercanas a la ciudad, en el Miguelete, Colorado, Toledo, Las Piedras, Pando. A partir de 1728 se comienza, con las 28 iniciales, el reparto de estancias, o sea suertes de campo de 2.700 cuadras cuadradas cada una. Montevideo organiza el espacio de su *hinterland* y procura enfrentarse al contrabando, a la mano larga del portugués, a los vagabundos de la pradera que configuraban ya, larvariamente, al gauderio y a su sucesor, el gaucho. Vano intento: el espacio a la medida del hombre es avasallado por el latifundio de Alzáibar, que crecerá sin frenos, y el temido contrabando entrará calladamente, con la aquiescencia de los colonos, hasta el corazón de la ciudad. Sociológica y ecológicamente se definen dos núcleos, uno centrípeto y otro centrífugo. El centrípeto es Montevideo juntamente con su jurisdicción: aquí impera la ley de España; el soldado, el comerciante y el cagatinta administrativo mancomunan su destino; Europa asienta su factoría económica y cultural en un flanco de América. El centrífugo es la Banda Oriental: allá, en la tierra adentro, se mueven nomádicas bandas de indios, hombres "sueltos", portugueses, changadores y contrabandistas; el latifundio y la ley del más fuerte —ya la prevalencia económica, ya la física— proclaman la principalía de la horca y la cuchilla; el legado de Europa se desdibuja en la estameña de una América que cobra, casi visceralmente, conciencia de su alienación y sus oscuras rebeldías. Montevideo es el cuartel, la iglesia, el mercado, la gobernación; la Banda Oriental es la comarca de los hombres y valores americanos, el común vaciadero de los prepotentes y los desamparados, el reino del azar y la improvisación. Sin embargo, Montevideo se impondrá a lo largo de esta puja secular entre dos subculturas y dos humanidades que profesan distintos estilos de vida. La cultura española nuclear de la Patria Vieja se expandirá hasta los más lejanos límites mediante la fundación de ciudades, se infiltrará en las tolderías, configurará, en todo el territorio, un ser y quehacer de cuño ibérico que aun hoy perdura en las zonas rurales del país. Los orientales serán los herederos de la axiología básica de los españoles de la primera hora.

POBLAMIENTO ALUVIONAL

A partir de la pomposamente denominada "independencia nacional", prohijada y aprovechada económicamente por Inglaterra, se precipita sobre el país un torrente de inmigrantes. En uno de sus discursos ante las cámaras el presidente Rivera dice (1833): "Es de esas mismas naciones de Europa que el gobierno de la República espera con fundamento que su industria y su comercio reciban

auxilios que no puedan buscarse ni venir de otra parte sino de aquellas donde el ocio y la abundancia de los capitales hacen apetecibles al gobierno y al súbdito las proporciones para derramarse sobre un territorio feraz pero inculto; sobre un país hermoso pero desierto; sobre un pueblo lleno de vigor pero sin brazos".

El grueso de los inmigrantes provino del área cultural latina: españoles, italianos, franceses. Pero también arribaron ingleses, helvéticos, siriolibaneses, eslavos, alemanes, austro-húngaros. Luego de la obligada pausa de la Primera Guerra Mundial aparecen nuevos contingentes de españoles, a los que se suman los judíos y los armenios. La mayoría de estos inmigrantes se instalan en las ciudades o se dedican a la agricultura en los alrededores urbanos. El campo pecuario y latifundista permanece como un reducto de la orientalidad; el sur metropolitano y labriego se define como uruguayo. Lo oriental decanta los valores de la cultura hispánica básica; lo uruguayo mezcla en un copioso legado cosmopolita las aportaciones étnicas de muchas razas y culturas.

LA CULTURA HISPANICA NUCLEAR

Conforme a los estudios del antropólogo FOSTER (1962), la formación de una "cultura de conquista" se opera mediante un proceso de "despojo" o "reducción" por el que se "elimina un gran número de elementos de la cultura donadora y se simplifica la complejidad y variedad de muchas configuraciones". En este proceso selectivo intervienen dos partes: la cultura donadora exporta una serie tamizada de pautas y rasgos; la cultura receptora tamiza a su vez, acogiendo algunos elementos y desechando otros. En el caso de la Banda Oriental, donde no existía un significativo caudal indígena dotado de poderosos mecanismos culturales, el proceso se simplifica. En puridad se importa la cultura ibérica con los primeros pobladores. Al antropólogo le interesará, en consecuencia, rastrear las modalidades subculturales de los gallegos, asturianos, leoneses, canarios y otros grupos españoles llegados a nuestra tierra a partir de la fundación de Montevideo. El contingente inicial de pobladores espontáneos fue el que verdaderamente puso en juego el doble tamizamiento. Es así como el gauderio ejemplifica la herencia peninsular en las artes ecuestres, la guitarra, el romancero, las armas blancas, el juego de taba y la riña de gallos, las creencias religiosas, el idioma español, la vivienda y la ropa, mientras escoge de la herencia indígena las boleadoras, el poncho, el chiripá, la vincha, el mate, algunas leyendas y voces (cuzco, pilcha, pucho, yuyo, vizcacha, totora, tiento, quincha, poroto, porongo, guampa, guasca, changa, chilca, caracú, cacharpa, etc.).

Hemos seguido a Foster en sus caracterizaciones de la "cultura de conquista" para inventariar, siquiera en parte, el repertorio de pautas y complejos culturales que España, crisol de nacionalidades y síntesis de etnias, trajo a sus posesiones de América. Ésta es la cultura nuclear básica, sobre cuyo pentagrama se orquestaron las distintas melodías de una inmigración torrencial.

EL IMPACTO DEMOGRAFICO DE LA CONQUISTA

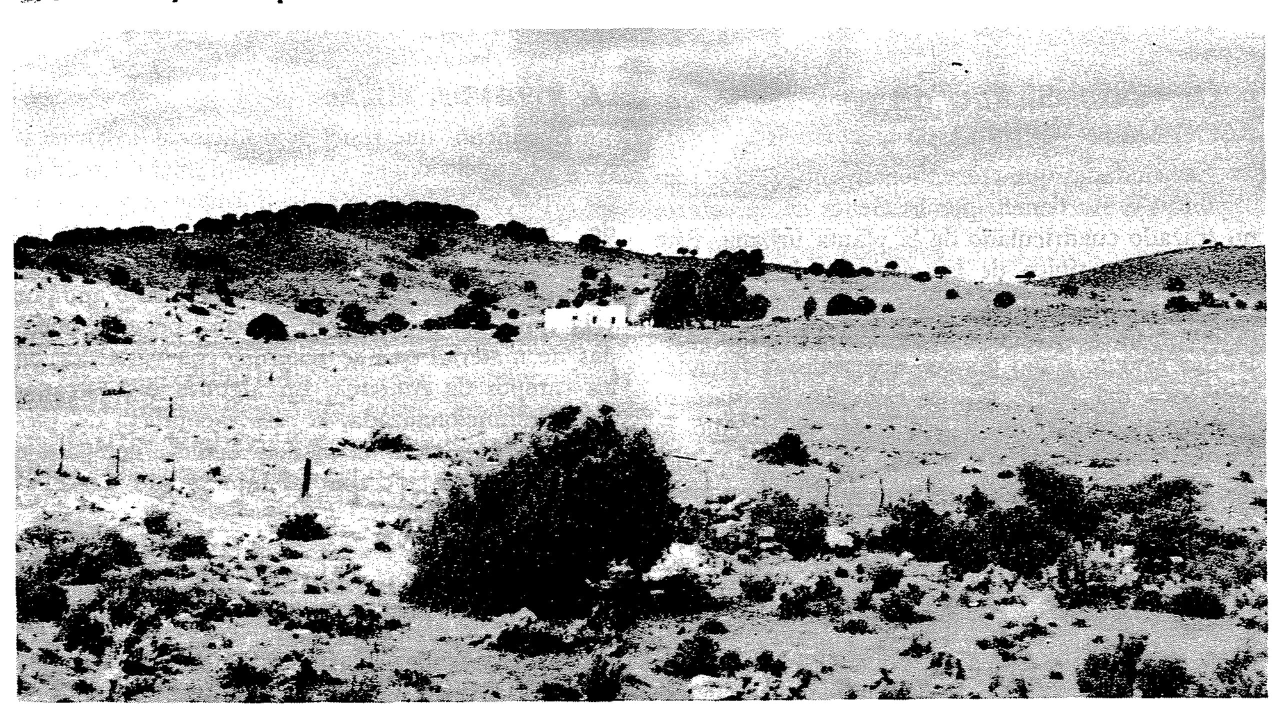
En los primeros 50 años del siglo XVI vinieron 150.000 españoles a sus posesiones de América. Trajeron consigo sus equipos de cultura material y espiritual, los impusieron de norte a sur, fueron los padres de culturas mestizas cuyas madres eran las culturas indígenas de América. Tan hondo fue el impacto cultural que en regiones muy

separadas —el altiplano boliviano y el mejicano— las danzas de "diablos" bailadas por los indígenas, que muchos turistas *snobs* consideran como autóctonas, traducen por igual el trasvasamiento de costumbres neolíticas de la vieja España conservadas en los enclaves folklóricos y embarcadas a América conjuntamente con los arcabuces, el trigo y los útiles de trabajo. Digamos de paso que las monteras del indio altiplánico, así como sus "morriones" de cuero y sandalias moriscas, son de puro origen español. Este ejemplo extremo muestra hasta qué punto penetró la cultura hispánica en el corazón etnológico de América.

LA SECUELA DEL LATIFUNDISMO ANDALUZ

Así como el latifundio andaluz, que aun hoy perdura, fue el premio que Castilla ofreció a sus capitanes distinguidos en la Reconquista de la España meridional, dominada por los decadentes árabes, el latifundio americano fue el premio que la Corona otorgó a los adelantados, conquistadores y desbravadores de las tierras nuevas. El hambre de tierras, la *geofagia,* se encarga de dilatar notablemente las concesiones de la Corona. Alzáibar, García de Zúñiga y otros representan en la Banda Oriental esa tendencia terratenentista que desme-

El latifundio y el cortijo andaluces reviven en la estancia cimarrona.



sura los dominios hasta alcanzar escalas planetarias. El patriciado criollo primero y los inmigrantes enriquecidos en el último tercio del siglo XIX son los herederos de las estancias, fincas, ranchos y haciendas del español. Una estadística contemporánea permitirá comprender las reales proporciones del problema: los fundos de menos de 20 hás. en América ibérica comprenden el 72,6 % del total y cubren 27:000.000 de hás.; los fundos de 20 a 1.000 hás. comprenden el 18 % del total y abarcan 166:000.000 de hás.; finalmente, los de más de 1.000 hás. abarcan el 1,4 % del total y se extienden sobre 470:000.000 de hás. La gran propiedad es, pues, el privilegio de unos pocos "dueños de países" que acaparan la mayor parte de las tierras, formando oligarquías que, a partir de su riqueza, detentan o controlan los mecanismos del poder.

PLAN CUADRICULADO DEL ASENTAMIENTO URBANO

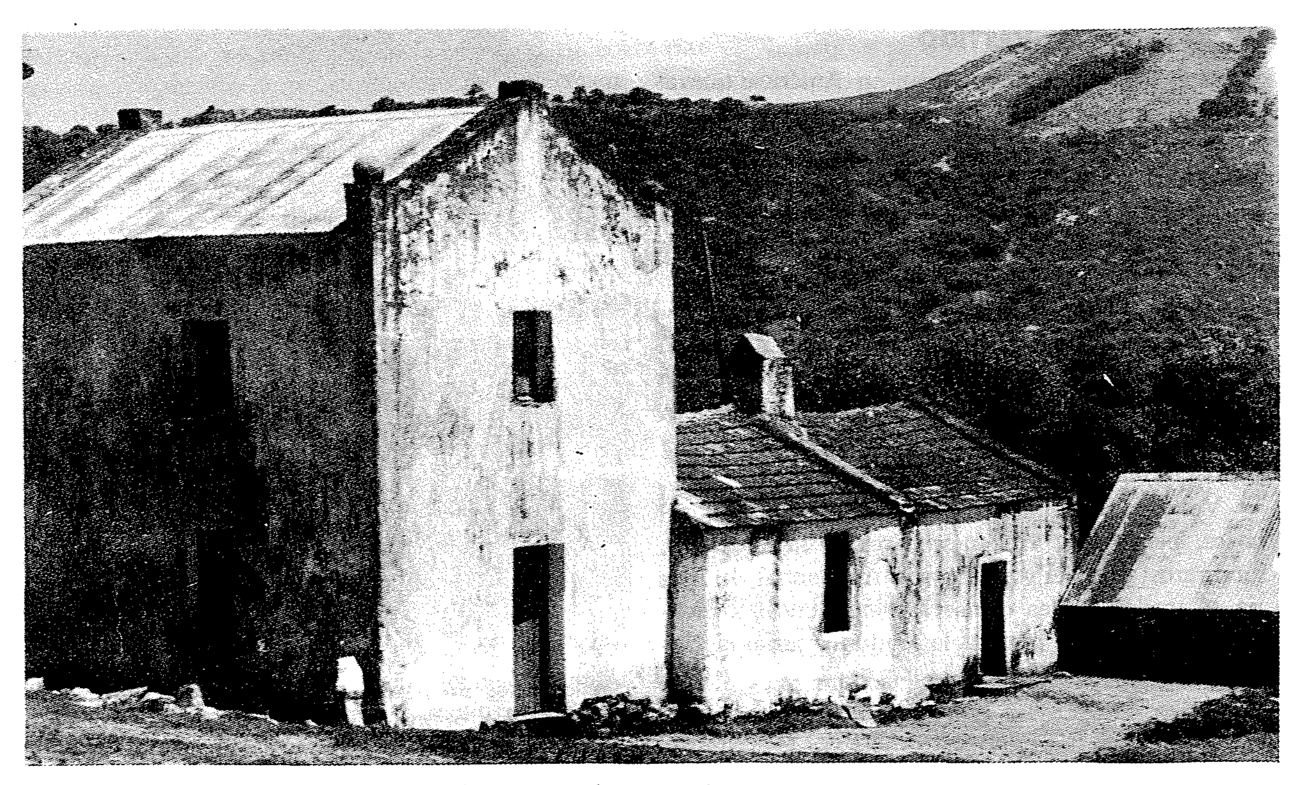
Las ciudades que crecen lentamente ("ciudades orgánicas") no tienen, por lo menos en su centro, un trazado cuadriculado de la planta urbana. Este dispositivo es típico de las ciudades de conquista o colonización tempranamente planeadas por Hipódamos de Mileto: tanto las fundadas por Alejandro Magno como por los imperialistas romanos en África del Norte poseen este plan de damero ("ciudades mecánicas"). En América sucedió lo mismo. Todas las ciudades que fundó España tienen trazado cuadrangular y están divididas en manzanas y cuadras que las calles cortan en ángulo recto. Dicho dispositivo, con la plaza mayor y los edificios administrativos principales en su torno, es propio de América. En España las ciudades nacieron lentamente, yuxtaponiendo círculos concéntricos ("ciudad cebolla"). En su núcleo, generalmente medieval, hay un dédalo de callejuelas retorcidas, caprichosamente dispuestas en derredor de la catedral. Dicho modelo —"cultura congelada arquitectónicamente" en el espacio, como diría Mumford— no puede ser exportado. Las nuevas ciudades americanas son hijas de la planificación y del cordel. Surgen de la geometría, sobre un espacio virgen, como panales abiertos a la población futura. Son ciudades proyectadas para el mañana y no museos arqueológicos del ayer urbano. Son productos deliberados de la medida y la racionalización; la geografía es disciplinada y ordenada por el hombre fundador. Este esquema fundacional, que no se puede dar en España, será, en consecuencia, la norma de América. Del mismo modo que las ciudades, los pueblos también tendrán un trazado geométrico que ya se ha convertido en proverbial.

LA VIVIENDA RURAL

El rancho, que muchos tradicionalistas proclaman de rancio origen criollo, es de neta ascendencia española. El nombre, las formas —los ranchos de "culata" y "doble culata" son típicos de las Islas Canarias—, el plan constructivo, todo ha venido de España. De igual modo el cortijo andaluz y la finca del meridión de España poseen viviendas de material que se reiteran, con variantes, en los campos de América. En algunos casos reaparece, desfuncionalizada, la casa montañesa del piedemonte pirenaico: el modelo edilicio del paisaje materno ha viajado con los inmigrantes hasta las tierras americanas.

REPERTORIO ERGOLOGICO DEL TRABAJO CAMPESINO

Como se sabe, en América indígena no había animales de tiro, ni arados, ni se trabajaba el hie-



La casa pirenaica, de norma vertical, se trascultura en las sierras minuanas.

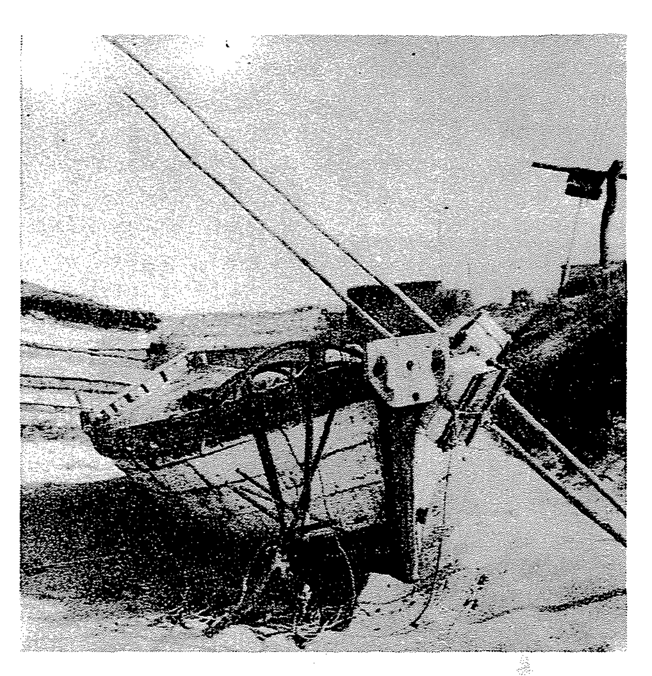
rro. Los españoles introdujeron los aperos de labranza cuyos modelos más arcaicos perduran en el seno de comunidades indígenas contemporáneas marginalizadas. Escardillos, hoces, azadas, guadañas, narrias (rastras), norias, cigoñales, azudes (ruedas hidráulicas con bastidores), abonos, modos de cosechar y trillar, tipos de explotación: todo un vasto cuerpo de utensilios y modalidades agrícolas son introducidos en América por España en la primera hora de la colonización. Durante el fermental siglo XVII las grandes síntesis culturales se procesan donde habita la población indígena del área Sierral y Silval —los guaraníes de las Misiones jesuíticas—; aquí, en las comarcas rioplatenses, el legado ibérico se asentó sin rechazos o selecciones pues el indio, cazador y levantisco, quedó al margen de la aculturación transoceánica.

Es conveniente analizar con atención, sin embargo, la persistente influencia de los *camiluchos* misioneros; estos guaraníes cristianizados, a los que se suman los indios *tapes* traídos por los españoles, dieron una singular fisonomía antropológica y sociológica al campo uruguayo hasta bien entrado el siglo XIX, no obstante el colapso político y cultural de las Misiones operado a mediados del siglo XVIII.

ARTESANIAS Y VESTIDO

Con los españoles penetran en América nuevas técnicas de alfarería y tejido que se superponen a las indígenas. Los indios de las altas culturas poseían excelentes técnicas en el modelado de la arcilla pero carecían del torno de alfarero y el horno español circular, de tipo mediterráneo. En las zonas de baja cultura indígena, como en el Río de la Plata, se imponen los monótonos modelos de la cerámica española: la mayólica tipo Talavera, las tinajas y botijcs coloniales, etc. En la zona andina y mesoamericana la mayor riqueza de formas y colores indígenas defiende la gracia y policromía de los modelos aborígenes.

Vestidos femeninos y masculinos, mantillas, rebozos, peinetones, calzones, camisas, fajas, capas, sombreros: todo el guardarropa tradicional de Iberia se vuelca en las comarcas rioplatenses, trasvasando de manera íntegra las indumentarias de los siglos XVIII y XIX.



En las artes de pesca perviven los repertorios laborales de las costas ibéricas.

HERRAMIENTAS Y ARTES DE PESCA

La cultura nuclear española introduce en la Banda Oriental las herramientas de carpintería y herrería, los útiles y técnicas de construcción, la ergología de la vida cotidiana. Y con esas herramientas penetran las voces con que se les designaba; todavía hoy en algunos lugares del interior del país al embudo se le dice fonil, conservando así el delicioso arcaísmo del término andaluz. De igual modo las artes de pesca instalan en nuestras riberas y litorales los trasmallos, palangres, espineles, nasas, boyas y anzuelos que hasta hoy subsisten, pues en estas técnicas de arraigo tradicional apenas hacen mella los cambios impuestos por la modernización derivada del industrialismo.

LA ESTANCIA Y SU MUNDO

La clásica división española entre ganadería estante (ganado mayor) y ganadería trashumante (ganado menor) funciona de distinta manera en el Nuevo Mundo que en el Viejo. No hay en América, y particularmente en el Río de la Plata, un régimen semejante al de la Mesta. En las pasturas del Uruguay conviven ovejas y vacas formando un *tandem* propicio: los vacunos aprovechan los pastos largos y los ovinos utilizan las porciones inferiores. Sin embargo la estancia recibe una profusa herencia ibérica. Desde su nombre, derivado del tipo de ganadería estante —de ahí es-

tancia—, hasta las prácticas de la yerra, el rodeo, la doma, etc., hay todo un cúmulo de antecedentes etnozoológicos que, naturalmente, se adaptaron a los enormes espacios de América y sufrieron el impacto de una ganadería cimarrona, ajena a la estabulación peninsular.

El gaucho montará el caballo a la jineta —un estilo introducido en España por la tribu bereber *xenetía* o *jenetía*—, ascenderá al recado por la izquierda —al igual que el caballero medieval, impedido de hacerlo del otro lado por su espada, colocada a su siniestra— y utilizará aperos de clara y notoria raíz hispánica. El 90 % o más de los elementos y rasgos de la cultura material y de las prácticas referidos a la explotación pecuaria no han nacido en nuestros campos sino en los de la Iberia meridional; del mismo modo, los desterrados de la cultura pecuaria, los carboneros de los montes —la voz monte designa en este caso al bosque y no a la montaña, distinción que tiene también raíz hispana— conservan fielmente las pautas laborales de los modelos del neolítico —y quizá mesolítico— europeo.

VALORES SOCIALES

El particularismo e individualismo ibéricos atraviesan el océano con sus portadores y se instalan en las comarcas de América. El caudillo rural y el Señor Presidente urbano son las secuelas americanas del caciquismo español. El individualismo rayano en la anarquía se robustece en los grandes ámbitos rurales donde el hombre debe arreglárselas solo en su lucha contra al naturaleza y el dintorno zoológico y humano. La misma actitud de desprecio hacia la ley y el reglamento que se daba en la vieja España se repite en América: los españoles del gobierno acatan pero no cumplen las humanas Leyes de Indias; los criollos contrarían el "bando" y se entregan al más desenfrenado contrabando. La ley que normalmente rige a los núcleos sociales disciplinados es impotente para sofrenar el arbitrio personalista y egocéntrico de los nietos de los reconquistadores de Iberia. El hombre de a caballo ibérico imprimirá también su actitud señorial en el hombre de a caballo americano: el despreciado trabajo manual sólo se acepta como un mal necesario; se reverencia el azar —de ahí la difusión de toda suerte de timbas, analizadas por el rey Alfonso el Sabio en su reglamentación de las *Tafurerías*— que prolifera en mil tipos de juegos (naipes, taba, pencas); se obedece al caudillo político concreto y se desestima la autoridad abstracta de los ordenamientos administrativos.

VALORES FAMILIARES

Desde los rezos al San Antonio que consigue novio a las muchachas casaderas a las oraciones a San Ramón Nonato, que preside los partos, un impresionante cuerpo de costumbres similares relacionadas con las ceremonias de la vida, establece en América hispana una clara dependencia de los moldes ibéricos. En América, como en España, predomina la familia extensa, se acepta la principalía masculina y la doble norma sexual (esposa oficial y concubina tolerada) del varón es un valor entendido. El velorio del angelito no es por cierto un privilegio de estas tierras, y tanto las novenas como las reglas del luto reconocen una raíz común: la cultura cristiana popular del área del Mediterráneo. La institución del compadrazgo, típicamente española, acoge en América algunos rasgos particulares: mientras en España la relación principal se establece entre los padrinos y el ahijado, en América se establece entre los compadres.



La Procesión de la Virgen en un pueblo del interior.

VALORES RELIGIOSOS

La cultura nuclear española sembró en los campos y ciudades de la Banda Oriental el catolicismo de la Contrarreforma, de entraña barroca. Es el catolicismo arquitectónico de las iglesias de Quito; el catolicismo ceremonial de las Misiones Jesuíticas; el catolicismo de los santos patronos que presiden la vida de los pueblos —San Isidro, el santo de los labradores— y de los hombres. La común devoción por la Virgen María establece una homogeneidad cultual y cultural notable entre la Península y sus dominios ultramarinos. De igual modo la Semana Santa, la procesión de Corpus Christi, la Fiesta de Todos los Santos, el Día de los Muertos y la Navidad señalan la honda influencia de la religión española en América. A nivel folklórico también se hace presente el tradicionalismo sincrético europeo, que incorporó al cristianismo antiguos ritos paganos: las fogatas de San Juan, por ejemplo, tuvieron amplia difusión en estas tierras.

La cultura nuclear básica que da coherencia a la sociedad colonial es de neto cuño ibérico —los ingredientes hispánicos se mezclan con los lusitanos, pues la Banda Oriental es una frontera política y etnográfica a un tiempo—, y toda la Patria Vieja decantará los moldes antiguos ofreciendo sus configuraciones a los inmigrantes. Pero el aluvión será demasiado intenso y la antigua cultura básica, sobre todo en las zonas meridionales, deberá tolerar nuevas influencias; apoyada en el basamento de lo oriental, crecerá paulatinamente la borrosa efigie de lo uruguayo, reacio aún a síntesis definitivas.

LA INMIGRACION FRANCESA

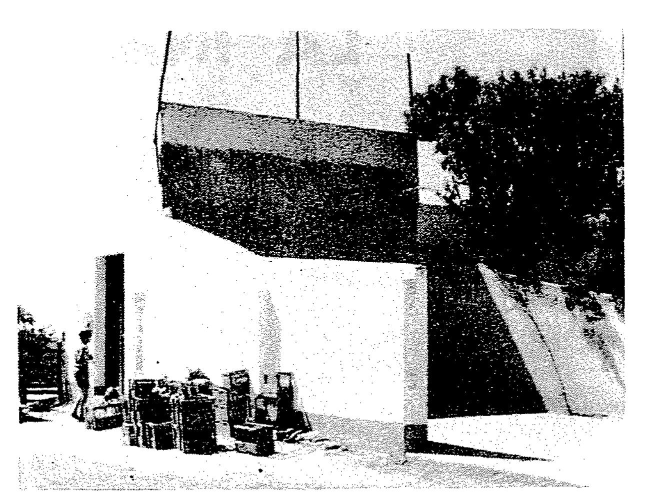
LA PEQUEÑA FRANCIA URUGUAYA

"Los artesanos son en su mayoría emigrados de las Provincias Vascas, por ejemplo ebanistas, albañiles, herreros, etc., y forman un grupo formidable. Se supone que son cerca de diez mil. Ellos traen y retienen consigo sus costumbres y forman un pequeño mundo. Tienen sus propios lugares de esparcimiento como los billares, cafés, salones de baile, etc., y en domingos y feriados los jóvenes de Montevideo concurren a jugar a la pelota vasca, cuando tienen deseos de jolgorio. Muchas de las mujeres son extremadamente bonitas y muy vivaces. Generalmente hablan tanto francés como español, al estar el país entre ambas naciones; pero ninguno de los dos con acento puro, como puede imaginarse. Tienen varias buenas bandas de música y realmente no conozco gente que parezca divertirse tanto como ellos. Muchos se han hecho bastante ricos en pocos años debido a la gran demanda de casas, construidas por ellos en la parte alta de la ciudad. Constituyen una clase inteligente, moderada e industriosa. Superior en muchos aspectos a nosotros, pero, ciertamente, muy lejos del maquinismo; pero esto no ha de tardar."

La anterior transcripción pertenece a un autor inglés que visitó el Uruguay en 1842. Montevideo se le aparece como una urbe cosmopolita: "Hay pocos lugares del mundo, diría ninguno de su tamaño, donde la comunidad se forme de tan diferentes naciones. Aquí se pueden encontrar españoles, brasileños, italianos, franceses, ingleses, portugueses, hamburgueses, holandeses, suecos, prusianos y a veces rusos; también americanos y sardos." Así describía W. Whittle en su "Diario de viaje al Río de la Plata, incluyendo observaciones hechas durante la residencia en la República de Montevideo" *(sic)*, publicado en Manchester en

1846, el *melting pot* de nuestra capital en los inicios de la República.

Vamos a caracterizar ahora la aportación francesa a la sociedad, y cultura uruguayas. Como se expuso en el tomo I de *El legado de los inmigrantes,* el predominio de los inmigrantes franceses en la población montevideana fue notable hasta la Guerra Grande. Entre 1835 y 1842, según las estadísticas de los desembarcos llevadas por Isabelle y Vaillant, arriban a Montevideo 33.000 europeos. En este contingente los franceses ocupan la delantera con 18.000, seguidos por 8.300 españoles y 7.900 sardos, como entonces se les decía a los italianos. Ni siquiera las colonias cercanas a Francia, como por ejemplo Argelia, recibían tan grande afluencia de inmigrantes. La metrópoli parisina había aquilatado debidamente la múltiple importancia de este hecho demográfico: "Desde el punto de vista comercial y marítimo Montevideo valía para Francia más que todas sus colonias juntas, tan onerosas durante la paz, tan comprometidas durante la guerra. Antes de la invasión de la República Oriental [por Oribe] la población francesa ascendía a 25.000 almas, y el comercio francés hacia el Uruguay se había acrecentado, en diez años, en la enorme cifra del 375 %. En setiembre de 1842 se vieron en el puerto de Montevideo hasta 116 barcos franceses de alta mar de los cuales 21 zarparon el mismo día. Por su parte la ciudad [Montevideo] consumía, entre otros productos franceses, 1.000 barriles de vino de Burdeos por mes. Estos hechos no tienen parangón en ninguna otra parte. Si se hubiera sabido mantener la paz el Estado Oriental, cuya población indígena se eleva apenas a 70.000 almas, contaría actualmente con más de 40.000 franceses y nos cargaría 300 navíos." (CHEVALIER DE SAINT-ROBERT, 1848.)



El infaltable frontón rural de los pulperos vascos. . .

Francia tenía en su capital humano emigrado al Río de la Plata un mercado que estimulaba el ritmo de las exportaciones transatlánticas. Dichos emigrantes franceses vinieron a estas regiones en tres oleadas sucesivas durante el siglo XIX. La primera oleada se desencadena en los tiempos de Rivadavia, quien hacia 1825 estimula el arribo de inmigrantes franceses. Las querellas internas en la Argentina empujan a muchos de estos emigrados al Uruguay. Cuando pasa Arsenio Isabelle por Paysandú en 1833 comprueba que allí "el comercio era bastante floreciente. . . : había unos sesenta franceses establecidos, pero eran muchos más los que iban y venían traficando con los productos del país, que son los mismos de Buenos Aires" (ISABELLE, 1943). La segunda oleada se vierte en nuestras costas a partir de la presidencia de Rivera: las facilidades otorgadas para la vida del emigrante en la República, que obran como atractivos, tienen su contrafigura en la actividad de contratistas leoninos que actúan en la zona pirenaica y bearnesa.

Según un informe de Tardy de Montravel dichos especuladores "habían establecido en esas comarcas una trata de blancos no menos activa ni menos inmoral, en cuanto a los medios de seducción y reclutamiento, que la trata de negros". Siempre, tras la aparente emigración espontánea, se dibujan las figuras de comerciantes inescrupulosos que tanto en el embarque como en la recepción perfeccionan un mecanismo de ganancias desmedidas a costa del ganado humano que se trasvasaba del viejo al nuevo continente. La tercera oleada se produce luego de la Guerra Grande, a partir de 1850. Un continuo reguero de pobladores franceses se encamina hacia Paraguay, Entre Ríos, Buenos Aires y Uruguay. Como establece el Prof. Jacques Duprey, es de presumir que la tercera parte de la población del Uruguay, en el curso del segundo tercio del siglo XIX, haya nacido en Francia o descienda de franceses. "Es necesario agregar a estos embarques masivos, que oscilan de una a otra orilla del Río de la Plata, un gran número de entradas individuales más o menos clandestinas. Los marineros abandonan los barcos mercantes que anclan en estas costas atraídos por las facilidades de agua, de madera y sobre todo de carne por ellas ofrecidas. Otros son desertores de la flota de guerra francesa en recalada durante muchas décadas con la connivencia de las autoridades militares locales que buscan reclutas experimentados y les proporcionan múltiples ventajas. Los vascos nacidos en Francia pero no francoparlantes abandonan sus comarcas natales de Labourd, Basse Navarre y Soule por la frontera terrestre franco-española y se embarcan desde las provincias hermanas de Guipúzcoa y Bizkaya, declarándose de nacionalidad española para evitar el control francés y posibles obligaciones militares. Muchos, por negligencia, ignorancia o cálculo, salen sin documentos franceses o los pierden. Los irregulares políticos, republicanos, bonapartistas y socialistas tampoco pasan por los servicios consulares de los Borbones y los Orleans. Emigrantes analfabetos embarcan mediante acuerdo verbal con los patrones de barco del sudoeste francés y desembarcan sin control alguno. Franceses endeudados en Francia, Brasil y Argentina hispanizan sus nombres para despistar a sus acreedores, luego de haber atravesado fácilmente las fronteras." (DUPREY, 1952: 162.)

La inmigración francesa está integrada, en primer lugar, por los vascos de los contrafuertes occidentales de los Pirineos; en segundo lugar vienen los naturales del Bearn y Bigourd, también pirenaicos; en tercer lugar, finalmente, se hallan los emigrantes de otras provincias de Francia, los parisienses y, sobre todo, los gascones y provenzales. La Francia pobre, arcaica, aislada de los grandes centros cosmopolitas, con problemas agrarios agravados por la presión demográfica, será la abastecedora por excelencia de los países rioplatenses. Esta Francia humilde, analfabeta, audaz, emprendedora, dejará impresa muy hondamente su huella cultural en el pueblo uruguayo.

LA ETNIA VASCA

El pueblo vasco se halla montado a caballo sobre los Pirineos occidentales. Hay así vascos españoles y vascos franceses. No es momento ni lugar de discutir si son los vascos franceses o los vascos españoles los poseedores de un coeficiente mayor de concentración cultural típica. Para Montandon y Rodney Gallop el *climax* cultural se halla en el país vasco-francés —compuesto por Labourd, Basse Navarre y Soule—; para Caro Baroja se tipifica en las zonas no industrializadas de Guipúzcoa y Navarra. Pero las cuatro provincias españolas —Guipúzcoa, Vizcaya, Álava y Navarra—

con las tres francesas nombradas, forman, como dice el viejo proverbio *(Zapiak bat)*, «de las siete una.» Hay una cultura vasca nuclear semejante y tanto los vascos franceses como los españoles han sido portadores de aquélla a las tierras del Plata.

Los vascos franceses formaban hasta mediados del siglo XIX una isla étnica en los valles pirenaicos. Particularistas, independientes, católicos, tenaces, hospitalarios, ciclotímicos, esto es meditativos a veces y otras desbordantes, fuertes y resistentes para las tareas musculares, sobrios en el trato, terruñeros y aventureros a un tiempo, los vascos conjugaban en su contradictoria personalidad básica una serie de rasgos que se hicieron luego proverbiales en nuestra República. Desde 1824 hasta 1843 el país vasco francés, atenaceado por una fuerte natalidad y acogotado por el minifundio, envía a América grandes contingentes humanos.

En el Uruguay los vascos franceses se aposentan conforme a los lineamientos impuestos por las subculturas originarias. Al campo van los vascos de mayor raíz tradicionalista, los católicos clericales que comparten con los carlistas españoles una misma concepción teológico-política, los poco o nada duchos en el dominio del idioma francés. Se dispersan en las estancias, donde trabajan de peones o capataces, humildes empleos desde los cuales se elevan, con habilidad, energía, espíritu ahorrativo y visión para los negocios, hasta la categoría de estancieros. Otros grupos de vascos se inician en los saladeros como simples asalariados. Otros se dedican a la lechería. Entre estos vascos conservadores, tempranamente afiliados al partido blanco, un blanco de ancestro vasco, Oribe, reclutará sus famosos "gateadores". Los vascos de radicación urbana, los más pobres en su país natal, deben permanecer en la ciudad para reembolsar con su trabajo el precio del viaje al Plata. Montevideo se llena de silleros que, sin poder trabajar en su especialidad, se dedican a meter pico en las canteras de piedra que rodean la ciudad; de tamberos suburbanos que venden leche —convenientemente aguada para que el negocio rinda— de puerta en puerta; de verduleros, desmontadores de terrenos, changadores, cargadores y estibadores portuarios, herreros, calafateadores, alpargateros, molineros. El

. . . y el juego de pelota de los niños urbanos anudan a dos puntas una tradición milenaria.



puerto atrae a los obreros duchos en reparaciones y construcciones navales; los pequeños oficios aglomeran a los artesanos; las tareas de granja y quinta suburbana ocupan a los que traían a cuestas sus tradiciones agrarias. Los vascos urbanos y suburbanos saben, por lo general, hablar el francés. Entre ellos hay anticlericales, algunos masones y muchos liberales. Durante el Sitio se alistarán con las fuerzas de la Defensa, representantes de los valores cosmopolitas —permeables por lo tanto a la ideología del imperialismo—, para formar el batallón de los *Chasseurs Basques*.

PIRENAICOS ORIENTALES: BEARNESES Y BIGOURDIANOS

Emulados por las noticias que llegaban de América a las tierras pirenaicas, los pobladores de comarcas vecinas a las vascas siguen los pasos de los emigrantes de la región montañesa occidental. "En su lugar de origen son generalmente pequeños comerciantes aldeanos —tenderos, almaceneros— y semiartesanos a un tiempo, expulsados de su montaña pobre y sobrepoblada por el maquinismo creciente y la concentración capitalista. En Montevideo y las pequeñas aglomeraciones del interior serán hoteleros, dueños de casa de pensión, fondistas, panaderos, lecheros, sombrereros, sastres, zapateros, herreros, constructores de carros, baratijeros, albéitares, pintores de brocha gorda, torneros de madera y metal. Todos tienen gusto por la buena cocina, tendencia al buen vestir, placer nomádico de probar uno tras otro los distintos oficios: una suma de cualidades proverbialmente francesas por cierto. Por sus condiciones emprendedoras algunos ascienden a la condición burguesa, sobre todo en el comercio de importación y en la venta de novedades parisienses. El prestigio francés es, en efecto, considerable sobre la generación romántica rioplatense: muebles, libros, paños, joyas, perfumes, medicamentos, vinos y licores, buscados por las familias de antigua cepa, vienen de Francia por su intermedio. Poco aburguesados en la época de su llegada al Uruguay les place, como al pueblo francés menudo, criticar a las autoridades, protestar sistemáticamente contra todas las medidas administrativas... Indisciplinados por naturaleza, bastante tacaños con respecto a su dinero, son capaces de arranques de coraje cuando son o se creen amenazados. Son generalmente de izquierda, patrioteros y a menudo ostentosos. Más que las utopías socialistas que no entienden, evocan el recuerdo vigorizado de la Revolución de 1789, sin hablar demasiado de la de 1793, y admiran, sobre todo, a Napoleón." (DUPREY, 1952: 166-67.)

De los vascos de la primera oleada provienen Harriague —gran viticultor salteño—, Ribes —dueño de una próspera empresa de transportes fluviales—, Ordoñana —poderoso estanciero— y muchas figuras del gobierno, la intelectualidad y el clero. Ellos formarán las bases del segundo patriciado y construirán, con otros inmigrantes prósperos, los estratos superiores de la pirámide social uruguaya. De los pirenaicos orientales surgen con el tiempo —a la segunda o tercera generación— los elementos que a fines del siglo XIX y principios del XX dieron origen a las clases medias, cuyo apogeo celebró el Uruguay batllista y cuyas exequias estamos hoy llevando a cabo.

FRANCESES NO PIRENAICOS

Una minoría de los franceses llegados al Uruguay es originaria de otras regiones que las citadas. Se trata siempre de gentes meridionales, como los provenzales y gascones. Esta inmigración inquieta, aventurera, arriba al Río de la Plata luego de



El paso de los canteros vascos por el campo uruguayo perdura en cercos y mangueras de piedra.

haber sufrido en carne propia las persecuciones políticas que caracterizan a Francia por ese tiempo. No cuenta con la adhesión de sus metódicos, prudentes y ahorristas paisanos pirenaicos. Tampoco se gana las simpatías del elemento nativo. Turbulentos, embargados aún por las glorias y humos napoleónicos, siempre atentos a la cosa pública, militantes por formación y vocación en los ejércitos de cualquier parte del mundo, entre ellos se reclutarán la mayoría de los integrantes de la Legión Francesa que se alinea junto a los sitiados bajo el mando del coronel Thiébaut.

EL LEGADO DE FRANCIA

Las raíces francesas de la cultura uruguaya son hondas y significativas. Los contingentes de las migraciones regulares y los desertores de los barcos mercantes y de guerra volcaron en nuestros campos y ciudades los productos de la cultura popular y de la cultura académica. Ambos aspectos, el de las vertientes tradicionales y el de los productos refinados del saber y el arte, son fácilmente identificables en nuestros modos de vida, en nuestras formas y contenidos intelectuales, en nuestras fidelidades afectivas. La Marsellesa se canta con el himno uruguayo para celebrar la libertad triunfante o para evocar la libertad perdida; la universidad uruguaya reconoce una larga deuda con el genio de los médicos, arquitectos, abogados, ingenieros y técnicos franceses; la pelota vasca, en el orbe de los juegos populares, señala una persistencia de estilos recreativos que igualmente hallan correspondencia en los galicismos que frecuentan el lenguaje popular, las comidas, las normas de trato, las modas en el vestir, etc. El estudio del francés en los liceos y universidades señaló por mucho tiempo el predominio cultural de París, hoy en retroceso ante los avances del inglés impuesto por el pujante imperialismo económico e intelectual de los EE. UU.

Rastrear paso a paso la influencia francesa en el Uruguay insumiría muchas páginas. Un testimonio de época nos permitirá fijar, en una instantánea el viejo daguerrotipo de una cultura de cuño latino que gravita desde entonces de manera persistente en el ámbito nacional uruguayo. Cuando Xavier de Marmier visita nuestra ciudad en 1850 escribe: "En una habitación —separada de la mía por un ligero tabique— una chiquilla reúne a un atento auditorio compuesto por criaturas de las que tendrá seis años la mayor. Sentada sobre un taburete, como un orador en su cátedra, charlotea... en puro francés, salpicado de algunas palabras españolas y sazonado por un vivo acento provenzal que me hace pensar en el mediodía de Francia... A eso del mediodía, desde las fragatas, las corbetas, los *brigs* y las cañoneras reunidas en la rada, se desprenden cantidad de chalupas que conducen a tierra por algunas horas a los oficiales de marina, de artillería y de infantería de nuestra escuadra. Pronto se ven brillar las charreteras y los quepis a lo largo de los desembarcaderos. Nos creeríamos en el puerto de Tolón. Encuentro a cada paso imágenes y recuerdos de Francia: en los letreros de los comercios, en los escaparates de artículos parisienses, en los restaurantes, en los cafés, hasta en los hogares de las viejas familias nativas que han querido, casi todas, aprender el francés y se honran en hablarlo o por lo menos en comprenderlo... La ciudad demostraba una marcada predilección por Francia y se hacía cada vez más francesa. Bajo el último gobierno de Rivera llegaban miles de franceses de diversas provincias, principalmente vascos y bearneses. Unos se dispersaban por la campaña y pronto encontraban empleo lucrativo en los saladeros o en las casas de comercio de la provincia; otros quedaban en Montevideo. La ciudad era el centro de un comercio de importación y exportación que, desde las fronteras del Paraguay, se extendía hasta los límites septentrionales de Europa. Su prosperidad iba en aumento y el oro afluía a las manos de los negociantes. El oro, ganado con facilidad, se gastaba también liberalmente. La fortuna, que a menudo envanece al nuevo rico, aquí abría el corazón a un sentimiento generoso de humanidad y confraternidad. El francés que desembarcaba en Montevideo no tenía motivos de inquietud por el hecho de encontrarse en tierra extranjera. Venían a él —no como en la opulenta Nueva York los posaderos y las pretendidas sociedades protectoras van hacia el inmigrante para explotarlo y esquilmarlo— para ofrecerle una mano bienhechora. El peón encontraba jornal; el contador empleo en una tienda; el artesano un medio de ejercer su industria. Debido al alto precio de la mano de obra, quienquiera que llegara con hábitos de orden y de trabajo podía, en poco tiempo, reunir un modesto capital con miras de hacerlo fructificar." (DE MARMIER, 1967: 100-102.)

Esta pintura de la Pequeña Francia instalada en el Uruguay a mediados del siglo XIX proporciona un claro panorama de la importancia de la aculturación francesa. Sin embargo, por ese entonces ya habían emigrado muchos franceses de Montevideo, la Nueva Troya celebrada por Alejandro Dumas en una obra homónima.

La inmigración francesa decrece hacia 1870. Causas internas —la lucha contra el desarraigo pirenaico, el colapso provocado por la guerra franco-prusiana— y externas —la conquista de los mercados rioplatenses por Inglaterra e Italia— desalientan una corriente que, pese a la modestia de sus integrantes, se consideró de *élite*. El *populus minuto* de Italia y España será, una vez pasada la hora de Francia, el abastecedor demográfico de la Argentina y el Uruguay rioplatenses.

LA INMIGRACION ESPAÑOLA

FACTORES EXPULSIVOS

La emigración española de los siglos XIX y XX a los países del Plata tiene distinto signo que la del siglo XVIII. La tierra de la península estaba repartida de modo muy desparejo: grandes propietarios mantenían sus latifundios como improductivos cotos de caza y millares de pequeños y minúsculos propietarios medraban lastimosamente en los parvifundios de las zonas agrícolas. Los salarios en la ciudad y el campo eran miserables. A ello se sumaba el desempleo estacional y la ausencia de industrias. Una política impositiva concebida de acuerdo con la ley del embudo castigaba a los elementos más desamparados de la sociedad rural. Y rematando este panorama de subdesarrollo y postergación, la agricultura, de tipo arcaico, dependía del álea de los años buenos y malos. Las consecuencias de dicha situación eran, a nivel popular, desastrosas: hambre crónica y aguda, degradantes niveles de vida, ignorancia supina y envilecimiento moral.

A partir de 1880 se abren las espitas de la inmigración española hacia el Río de la Plata. En números redondos, este flujo, que se incentiva casi en progresión geométrica, va desde los 11.000 emigrantes anuales en 1882 a los 200.000 en 1912. Las zonas expulsoras de emigrantes se ubican en el cinturón litoral de la Península: gallegos de la montaña, sede de las *pallazas* neolíticas y de la propiedad atomizada en microfundios —algunos de 20 m^2—; catalanes y valencianos ribereños del Mediterráneo, que ayer fuera recorrido por las naves de una talasocracia con sede en Barcelona; asturianos de la tierra del carbón y los pequeños prados montañeses; santanderinos de la macilenta Castilla del Mar; andaluces de las vegas otrora florecientes e invadidas luego por la marea fundiaria de los grandes cortijos dedicados a criar toros de lidia; canarios de las islas atlánticas, resumen

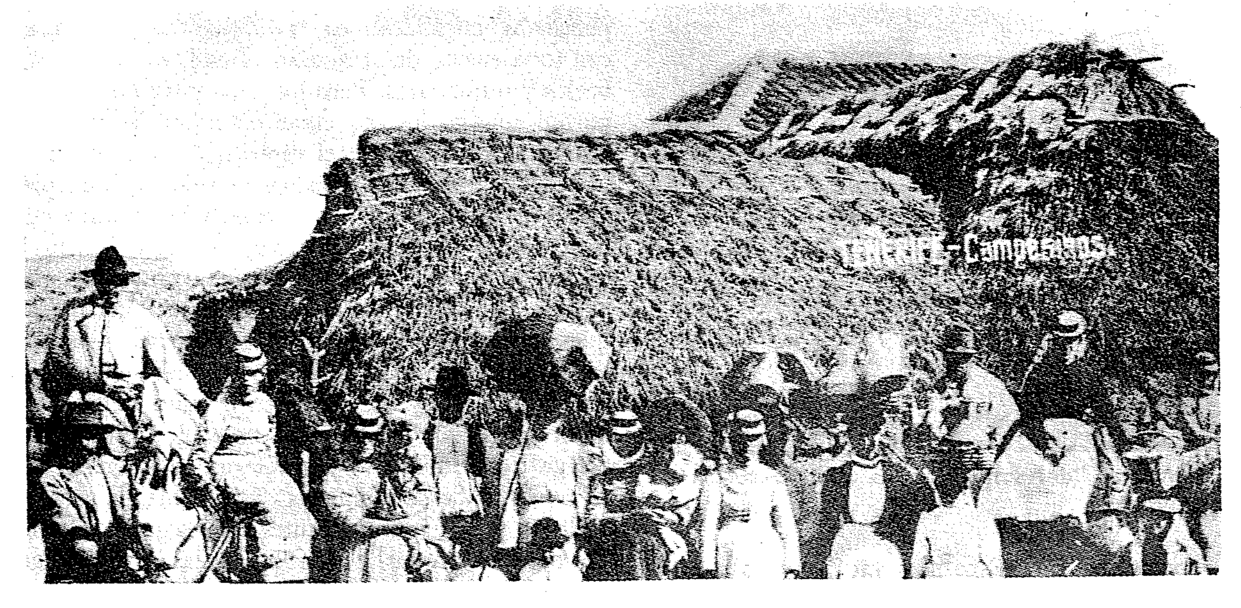


La hornacina "del santo" en la antigua calera de los Zabaleta.

antropológico de España, que soportaban el doble asedio de la presión demográfica y la agricultura primitiva.

Esta España analfabeta, labriega, tradicionalista, de gente cuyo paisaje materno tenía el mismo diámetro que sus concepciones del mundo, será la protagonista de la gran aventura del desarraigo. Dejará atrás una pobreza de siglos, una ignorancia medieval, un pasado de sumisión y sevicias, de terrores teológicos y prepotencias señoriales. Saldrá de sus terruños sin conocer las ciudades, impulsada por el aguijón biológico de la supervivencia, y asentará en el Río de la Plata todo su desamparo, toda su orfandad tecnológica y subdesarrollo económico social. Unos sectores, los menos —en particular los valencianos y andaluces, hidráulicos por tradición— cultivarán quintas de riego en los aledaños de los grandes centros poblados para surtirlos de primicias. Otros, los mallorquines y catalanes, artesanos y mediadores, escalarán pronto la pirámide clasista. Otros, la mayoría, impedidos de acceder a una tierra acaparada por latifundistas pecuarios, encallarán en las ciudades para practicar toda suerte de pequeños oficios, los más ordinarios y musculares. Pero los unos y los otros transportan consigo los esquemas mentales de una economía de la pobreza, el espíritu de ahorro de la hormiga europea, las escalas de valores de la previsión aldeana. Aquí encontrarán las pautas culturales del hombre de a caballo instaladas en el mismo corazón de las ciudades: gente que vive al día, que no renuncia a sus siestas ganaderas, que cultiva los hábitos de las cigarras —esplendidez, desprecio a la disciplina laboral, generosidad con lo propio y con lo ajeno, culto del coraje, amor al juego, indiferencia ante el prestigio que otorga lo pecuniario— que relegan la *banausía* (esto es, los trabajos manuales) a la cáfila de gringos, gallegos y demás inmigrantes que llegan "muertos de hambre" a las costas habitadas por hidalgos ecuestres.

Los inmigrantes españoles que merced a este éxodo transatlántico salen expulsados de sus pagos ibéricos y caen en el arrabal de las ciudades o en los conventillos, construidos para recibirlos, serán mozos de cordel en el puerto activísimo de otrora, sirvientas, empleados de barracas, dependientes de almacén, peones obedientes en cuanta changa o trabajo se ofrezca. Pronto se les verá instalarse en los ascensores sociales de una colectividad urbana sumamente fluida y propicia a la promoción de los elementos activos. En una generación, los más afortunados o los más audaces ganarán posiciones en el *status* de las nacientes clases medias. Otros seguirán, meteóricamente, hasta el ruedo privilegiado de las altas. Y no faltarán tampoco los que se queden en el camino: domésticas de por vida, dependientes a perpetuidad, changadores sin alivios, proletarios aquí como campesinos allá, vulgo folklórico apenas, pobre gente de



El rancho canario "de culata" típico de las "irlas"...

dos mundos clausurados por un ayer de sacrificios y un mañana sin dividendos.

Sin embargo la inmigración española, al margen de su ascensión económica o su estancamiento social, de su triunfo o derrota en la aventura indiana, trae consigo el rico patrimonio de las subculturas regionales. Gallegos, catalanes, valencianos, mallorquines, andaluces, leoneses, asturianos, vascos, santanderinos, canarios: cada contingente arrastra con su desnuda cifra demográfica los valores cualitativos de culturas milenarias, sincréticas, con relictos neolíticos y aun paleolíticos, cuya filiación mediterránea y atlántica volverá a descubrirse en nuestra cultura cosida, como una colcha multicolor, con hilos de diferentes colores y fraguada con retazos de etnias y pueblos venidos del Viejo Mundo.

EL LEGADO CULTURAL DE LOS ESPAÑOLES

LOS CANARIOS

Las Islas Canarias son algo así como el ombligo atlántico de España. Y no solamente de España, pues como apunta un etnógrafo allí "se han remansado corrientes culturales populares de múltiples procedencias. A la heterogénea y predominante influencia peninsular se han añadido extrañas y variadísimas influencias." Más adelante expresa el mismo autor: "Atracción irresistible; ansioso acogimiento; y después, para lo acogido, la guarda cuidadosa... el espíritu insaciable y conservador del microcosmos consciente de su limitación y pobreza... Atracción, acogimiento y conservación. He aquí las tres fuerzas determi-

nantes de la excepcional riqueza folklórica de las islas. En el conservador regazo de éstas sobreviven muchos elementos que desde hace mucho tiempo desaparecieron de los países de origen. Cuando se pierde una tradición en el continente, búsquese en las islas. En las islas habrá, pues, que estudiar el folklore insular y el folklore continental asimilado y ya con sello isleño." (PÉREZ VIDAL, 1944: 32-33.)

Los canarios han dejado un rico sedimento en la subcultura campesina uruguaya. Agricultores poco evolucionados, su instrumental de tipo neolítico —las rastras, por ejemplo— sobrevivió por largo tiempo en los terruños de Canelones, particularmente en la zona de Canelón Chico. Del mismo modo sus técnicas primitivas, que perduraron por los siglos, los colocan en un escalón laboral inferior al de los hábiles italianos de origen ligur de las chacras del Miguelete.

El rancho, vivienda campesina española llegada al Nuevo Mundo con los conquistadores (VIDART, 1966) adopta en Canelones un rasgo típicamente canario. En efecto, los techos de culata, simple o doble —denominados también "cola de pato"— responden a técnicas de construcción específicamente isleñas. En cuanto a las formas de uncir los bueyes, los agricultores canarios de nuestro país conservan las dos modalidades tradicionales. Una es la del yugo de testuz, que se usaba en la mayoría de las islas; otra es la de la *canga*, o sea el yugo de pescuezo. La *canga* se utilizaba desde muy antiguo en la Península, pero

...conserva en el techo "cola de pato" de su versión criolla la impronta neolítica de los guanches.



es posible que su difusión en las Islas Canarias se debiera al uso del camello africano *(mehari)* como animal de tiro sustitutivo del buey en la arada. La voz *camella* aparece, empero, en el yugo cornil y se debe más a su forma que a su relación con el rumiante afroasiático; del mismo modo hay que pensar respecto al término camellón, lomo de tierra que se construye con la azada o el arado denominado también *caballón* en algunas partes de España. En cambio la *camellera* de la *canga* propia de La Palma parece derivar directamente de la utilización del camello en las labores agrarias.

El *vasar*, cuya supervivencia en Canelón Chico fue comprobada por uno de los autores de este trabajo, ha sido descrito del siguiente modo en las Islas Canarias: "El vasar, que existe en toda vivienda campesina, se instala unas veces en la cocina, y otras, en la puerta de la pieza principal. Constitúyelo un poyo fabricado con grandes piedras lisas, llamadas *lajas,* a una altura conveniente. Sobre este poyo se coloca la *talla* o *vernegal,* que es un depósito de barro cocido, barrigudo, donde se coloca el agua potable. La boca del *vernegal* se cubre con un plato de barro cocido, y sobre él un jarro de pisa o metal, que sirva para extraer el agua. Este vasar se cubre de ramas, laureles, helechos y otros vegetales, y a su alrededor se colocan flores silvestres, rosas y geranios. Los poyos o vasares se adornan con *tiestos* pequeños sembrados de albahaca, tomillo, silantro, hierba de huerto y orégano. Con estos vegetales se confecciona el *mojo*, cuya base principal es vinagre y aceite." (SERRA RAFOLS, 1944: 27).

La presencia del gofio en el Uruguay, por lo menos en el sur, se debe a la influencia canaria. El gofio es, como se sabe, una harina sumamente pulverizada de maíz tostado, y, si bien tiene un nombre típicamente canario —según COROMINAS, 1961, deriva de una antigua voz guanche y se comenzó a usar hacia el 1500-1510—, se obtiene a partir de un cereal típicamente americano. Lo mismo sucedió con la polenta: antes de que se importara el maíz a Italia ya los romanos la comían, pero utilizando la cebada molida. En ambos casos el maíz fue de América a Europa y de allí volvió aculturado y transformado por las técnicas culinarias locales.

La medicina popular criolla, que es un estuario de aculturaciones del área ibérica, registra también claras influencias canarias. El contar las estrellas señalándolas hace salir verrugas en las manos, las cuales se curan "vendiéndolas"; a los orzuelos se les extirpa tocándolos con una llave; para conjurar la picadura de arañas y escorpiones se emplea un emplasto de barro y orina; los dolores de cabeza se alivian poniendo en las sienes rodajas delgadas de papas; el hipo se cura proporcionando un buen susto al paciente; la embarazada con un "antojo" insatisfecho tendrá un hijo con una mancha en la piel *(angioma)* semejante a la cosa antojada; si la embarazada tiene la cara sin manchas parirá hembra ("cara de reina, cara de hembra", dice el refrán), si "le cae paño", el hijo será macho; si el vientre es redondo, nacerá una mujer, si es apepinado, nacerá un varón; el mal de ojo lo produce la "fuerza de la vista" de la madre (Breña Baja) o de los viejos miopes (Tetir); los niños que juegan con fuego se orinan en la cama; la hernia se cura pasando al niño "por el mimbre" o, como lo hacían los canarios de Canelón Chico, recortando la corteza de higuera u ombú con el perímetro del pie del "quebrado" (así fue curado uno de nosotros, a los doce años, de una hernia inguinal, en una noche de San Juan, por un curandero de Canelones); dormir a la luz de la luna daña la cabeza —los grados van del simple



La "pasada por el mimbre", cura infalible del herniado, revive en los ombúes uruguayos, durante las noches de San Juan.

dolor pasajero a la locura desatada—; etc. (PÉREZ VIDAL, 1944).

Las influencias lingüísticas canarias son también claramente perceptibles. Murlo por muslo, irla por isla, maslo por marlo, durarno por durazno, señalan algunas de las sustituciones de consonantes más comunes que perviven en muchos rincones de Canelones, el departamento canario por excelencia. "De su pintoresco lenguaje recordamos voces como *majalulo*, adjetivo que se aplicaba al joven alto y robusto, voz que aún perdura en aquellos pagos, y que después de muchos años supe que los canarios la habían traído de la «costa del Moro» (África) y que es el nombre que se le da al camello joven hasta poco más de un año." (GUARNIERI, 1969.)

Guarnieri también cita la *iza* canaria como precursora del pericón, pero esta filiación no convence a los especialistas (ASSUNÇÃO, 1968: 133-134). No obstante bueno es recordar que las Islas fueron el trampolín de muchos rasgos y pautas culturales ibéricas sincretizadas en aquéllas. Un estudio de los trajes populares canarios, a través de viejos repertorios iconográficos como el de Alfredo Diston, cuyos dibujos fueron efectuados entre 1829 y 1847, plantearía más de un rompecabezas; en este campo se debe proceder con gran cautela, buscando la fuente originaria y analizando el papel de los portadores de primera o segunda mano antes de pronunciarse definitivamente.

La más curiosa y hoy ya desaparecida costumbre canaria es la de la covada, cuya vigencia duró entre los canarios de Caneolnes hasta los umbrales del siglo XX. La covada o empollamiento masculino, tiene lugar cuando al nacer una criatura el marido guarda cama mientras la mujer se levanta de inmediato o permanece con aquél en la misma pieza y aun en el mismo lecho. Los etnólogos atribuyen esta curiosa costumbre, ya descrita en la antigüedad por Estrabón, Diodoro de Sicilia y Apolonio de Rodas, y extendida desde Mongolia a las tribus indígenas de América, a motivaciones distintas: para unos señala el paso de la filiación materna a la paterna (Bachofen, Maurel, Künich); para otros (Frazer, Cawley) es un intento de despistar a los espíritus que provocan la mortandad de las parturientas dirigiéndolos al "pararrayos" del marido.

Al referirse a la persistencia de la covada en las Islas Canarias un folklorólogo de fama expresa: "No menos interesante es la costumbre del *zorrocloco* o *sorrocloco* de Fuerteventura, una de las

islas Canarias, donde el marido, durante todo el tiempo del puerperio, se queda en mangas de camisa en la habitación junto con su mujer, recibiendo las visitas y haciéndose servir las mismas viandas y con el mismo horario que su consorte. El significado original de la palabra «sorrocloco» no ha sido conservado por el pueblo, donde aún sobrevive, pero los intérpretes la explican por «zorro - cloco» (zorro macho) y «sorro - clueco» (macho clueco, astuto), interpretación que debe relacionarse con la tradición leonesa en la que se dice que el marido, en el momento del parto, se ponía dentro de una canasta, cantando como una clueca que empolla." (CORSO, 1953-54.)

Otros testimonios revelan algunas pequeñas variantes dignas de tener en cuenta, puesto que se relacionan con la trasculturación de la covada al Uruguay. "En Canarias, hasta 1830, el padre y la madre pasaban juntos en el mismo lecho todo el puerperio, y comían y bebían lo mismo a las mismas horas, y decían que el padre «estaba zorrocloco». Hoy no se acuesta el padre en la misma cama durante todo este tiempo, pero conservan la costumbre de comer y beber lo mismo, las mismas veces y al mismo tiempo." (SÁNCHEZ PÉREZ, 1933.) En una Guía de Forasteros de Santa Cruz de Tenerife, 1930, su autor, Antonio Encinoso, expresa: "Hemos oído decir repetidas veces a las personas de edad que en el interior de la isla, particularmente en los pueblos del sur, era costumbre muy generalizada, al dar a luz una campesina, que el marido de ésta se acostara también en el extremo opuesto de la habitación hasta que la parturienta era dada de alta por la comadrona o el médico que la asistía. Cuando a la madre, por ejemplo, se le daba una taza de caldo o un poco de chocolate cocido, el marido, necesariamente, participaba del mismo festín".

En la literatura etnográfica nacional hemos encontrado una sola referencia a la costumbre de la covada. No tiene ningún rigor científico, como que se debe a un periodista dedicado a las crónicas de antaño. De cualquier modo, vale como testimonio y en ese sentido la transcribimos: "Una de las características de esta buena gente —la más graciosa sin duda— la constituía la aparición de un nuevo vástago. Era costumbre de aquellos días que las madres, a poco de haber alumbrado, fueran al trabajo, ya tras la mancera del arado o ya lavando las ropas de la familia en la cañada próxima, mientras que el marido, arrebujada la cabeza con amplio rebozo de lana, ganaba la cama que dejaba la parturienta, para dar calor al rorro. Corría la voz de tan grato acontecimiento entre el vecindario . . . y entonces era el caso de verse llegar hasta «las casas», que así se llamaba generosamente al misérrimo rancho, a los compadres y amigos de ambos sexos que, al aproximarse y a los gritos de «juera perros» ante el avance de la jauría, iniciaban el saludo antes de apearse del caballo con el sacramental «Ave María Purísima». Y al preguntar por el «compadre», que estaba «acostau con el nene», entonces el hijo mayor precediendo a la visita que siempre era portadora de un regalito representado por labores femeninas, por una botella de licor o por unas golosinas a las que llamaban «chiches», inclinando la cabeza para no golpearla en el marco de la puerta, siempre baja, penetraba al rancho dividido en dos por una cortina de zaraza de colores chillones. La parte más holgada y de mayor luz para la «sala» y la otra, para el dormitorio. Desde la primera el visitante, recogiendo una parte de la cortina para hacerse ver por el dueño de casa y tras algunas reverencias, saludaba con estas palabras que eran de rigor:

—Güenos días al güen engendrador. . .

—En lo cloco, estoy —contestaba el seudo enfermo— refiriéndose a que hacía las veces de gallina clueca, cuado ésta daba calor a sus polluelos" (ROSSI, 1926, II, 67-68).

El cronista apunta un dato importante. Si los vecinos saludaban al "buen engendrador", y ésta era, al parecer, una fórmula consagrada por la tradición, se reconocía —quien sabe desde qué profundidades en el tiempo— el papel genésico y jurídico del hombre, señalando su derecho a la descendencia patrilineal. El *zorro-cloco,* por su parte, era solamente el *cloco*, el clueco. La endeblez anecdótica del relato de Rossi no autoriza a sacar ningún otro tipo de conclusiones; no obstante sirve para revelar la indudable presencia de la covada en los pagos canelonenses.

El mismo Rossi, en el citado libro (II: 82), da cuenta de otra costumbre canaria trasculturada: "Entre los canarios de las «irlas» fue norma, como declaración de amor, que el hombre provisto de un «tolete» (macana o bastón, generalmente de membrillo) lo arrojase al pasar al interior del rancho de su adorado tormento, a la vez que gritaba a todo pulmón: «Tolete aentro». Pero a veces resultaba que el enamorado galán no era persona grata a la madre de la pretendida; y entonces ésta, recogiendo el palo, lo arrojaba lo más lejos posible de los ranchos al grito «Tolete ajuera». Esta actitud no significaba otra cosa que el rechazo de la demanda de amor del pretendiente."

La voz tolete, aunque no registrada en el *Vocabulario Rioplatense* de Daniel Granada o el *Diccionario Uruguayo Documentado* de la Academia Nacional de Letras, tuvo vigencia en nuestro campo. Se le utilizó con sentido picaresco en la designación de un basto imaginario, el "recado-tolete", traviesamente fraguado para que los maturrangos se mantuvieran a caballo. El tolete es un palo corto, de cabeza redonda, utilizado para asegurar el remo en la borda del bote. Según COROMINAS, 1961, viene "del francés *tolet*, que lo tomó de una lengua germánica agregando el sufijo *-et*, probablemente del escandinavo antiguo *thollr*". El empleo de un tolete de madera de membrillo, tallado en forma de falo, posee una indudable connotación sexual: el novio hace llegar sus atributos masculinos en forma simbólica a la casa de su novia y la madre, en un acto electivo que recuerda sus prerrogativas en la era del matriarcado, tiene la facultad de aceptar o rechazar al galán.

La brevedad de este estudio no permite que abundemos en más detalles sobre la aculturación canaria en el campo uruguayo de otrora. No se ha efectuado todavía un estudio a fondo del legado de las Islas en nuestro país y lo señalado revela lo fecundo que sería profundizar las investigaciones en dicho sentido.

LOS GALLEGOS

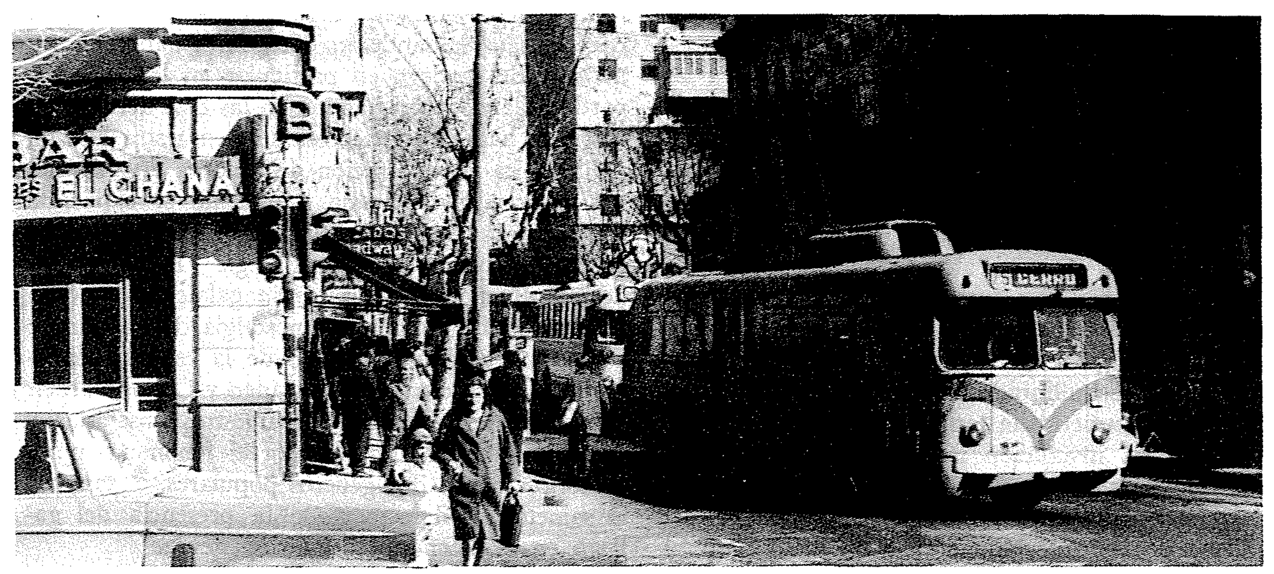
La inmigración gallega reconoce factores expulsivos que ya uno de nosotros analizó en un estudio anterior, al que nos remitimos (VIDART, 1961). Tres momentos pueden reconocerse en el proceso migratorio Galicia-Uruguay, y cada uno de ellos tiene consecuencias culturales de distinto acento y amplitud. El primero abarca desde la fundación de Montevideo hasta la finalización de la Guerra Grande (1724-1851). El segundo va desde mediados del siglo XIX a la finalización de la Segunda Guerra Mundial (1851-1945). El tercero se extiende desde aquel entonces a nuestros días (1945-1970).

La fundación de Montevideo entre 1724 y 1726 se efectuó con participación de familias canarias y criollas. Los gallegos comienzan a aparecer en el momento que la incipiente ciudad empieza

a efectuar fundaciones de centros poblados dentro de su jurisdicción y fuera de ella. Las Piedras, San Juan Bautista (Santa Lucía), San José de Mayo, Minas, Rocha: en todos estos poblados están presentes los gallegos, los asturianos, los leoneses. Estos pobladores no vienen espontáneamente. Son traídos por las autoridades coloniales que alivian así la plétora demográfica que se agolpa en el noroeste español y envían a las nuevas tierras experimentados agricultores. Vienen, por lo tanto, a labrar la tierra o a cumplir oficios vinculados con el agro en los lánguidos pueblos rioplatenses, actividades ambas despreciadas por los arrogantes jinetes de las pampas y penillanuras.

La segunda etapa de la inmigración gallega se cumple bajo otro signo. La palabra de orden no es ya poblar América, designio del poder europeo y de los primeros gobernantes americanos, sino "hacerse la América", propósito del europeo voluntariamente exiliado. Se abre el período del vellocino de oro, de la carrera hacia la prosperidad. Comienzan los desembarcos masivos de europeos del área mediterránea occidental y pirenaica —españoles, italianos, franceses— al amparo de las facilidades que les brindan las autoridades bonaerenses y montevideanas. Se desbravan las praderas vírgenes, surgen flamantes ciudades y crecen las antiguas, aparecen nuevas modalidades del comercio y se asoman en el horizonte los primeros retoños de las artesanías convertidas en industrias livianas. Todo ello afirma la creciente prevalencia urbana que desembocará, a la larga, en el Gran Montevideo (VIDART, 1969). Y consecuentemente el gallego, campesino por excelencia, no se radica en el campo uruguayo. En el campo, para empezar, la vida es insegura: guerras civiles, cuatreros y salteadores, criollos etnocéntricos enemigos de los *gringos* y *naciones,* estas y otras calamidades se encargan de tener a raya a los pacíficos labriegos. En segundo lugar el campo uruguayo, potrero inmenso ocupado por una ganadería extensiva de tipo colonialista, está en manos de unos pocos propietarios. Los animales, criados al aire libre, alimentados por un generoso tapiz de hierbas —si la lluvia es abundante—, requieren minúsculas peonadas para su atención. Entonces se produce un hecho paradójico. El gallego, emigrante salido del campo o del litoral atlántico europeo, cumple un éxodo rural transmarino. Abandona sus pequeñas parcelas de las montañas o las rías y sin conocer más que de paso las ciudades gallegas se encuentra súbitamente en la ciudad americana que, con ser todo lo enjuta y pacata que se quiera, desconcierta y despista al simple aldeano o al rudo pescador. Hay aquí, de entrada, un considerable empobrecimiento folklórico. La cultura material: utensilios de trabajo campesino, carros, viviendas arcaicas como la *pallaza* o espaciosas como el *pazo,* ruecas, trajes típicos, todo queda en Europa. Y las ceremonias de paso, las pautas de la vida, los símbolos de la vida comunal, también se pierden. Pese a su civilidad innata el gallego se siente perdido en las urbes, sin puntos de apoyo culturales y sin entornos familiares que lo corroboren. Como no es un trabajador especializado y no tiene organizado aún un sistema de llamadas que signifiquen un destino laboral seguro, su comienzo es difícil. Debe realizar las labores más pesadas, someterse a inicuas explotaciones, pagar, en definitiva, el precio de su desamparo social y cultural.

Los gallegos originarios de las rías, con experiencia marina, se convierten con el tiempo en prácticos de río. Otros se dedican a la pesca. Los de cuna terrígena, los más, se transforman en estibadores, en mozos de cordel (changadores portuarios), en empleados de comercio. Los menos, dueños de un modesto capital, deciden instalar algún pequeño comercio. Por su parte las mujeres gallegas, ve-



La paradoja del labrador gallego en Montevideo: sedentario en el bar, nómada en el ómnibus.

nidas en menores proporciones, buscan en el trabajo domiciliario el seguro puente hacia la aclimatación espiritual. Ingresan a los hogares rioplatenses en calidad de "sirvientas", sin pretensiones monetarias ni de las otras. Se instalan en ellos calladamente, con todo lo que entraña de minimización, fidelidad y responsabilidad dicho humilde y humillante oficio. Sus condiciones de honestidad y lealtad las convierten en poco tiempo en un miembro más de la familia. Velan por la salud física y moral de los hijos de los patrones, las "señoritas" y los "señoritos". Cuidan como suyos los intereses del hogar ajeno. Se convierten en verdaderas amas de llaves, en guardianas del honor gentilicio, en trasmisoras de la religión al viejo estilo gallego. De este modo, imperceptiblemente, las pautas de la cultura gallega —sobriedad, religiosidad, modestia, laboriosidad— se incorporan a los hogares del patriciado y revisten a los jóvenes retoños con un barniz democrático a contrapelo con su aristocratismo terrateniente.

La empleada doméstica trabaja años en una sola casa pero no toda su vida. Venida muy joven, ahorra al cabo de un decenio sus buenos pesos. Inicia un formal noviazgo con el gallego repartidor del almacén o mozo de café. Al cabo juntan sus ahorros y sus destinos. Surge así un modesto comercio que es muy probable que prospere. Los ascensores económico-sociales se han puesto en marcha: comienza, más que la lucha por el *status,* la carrera hacia una riqueza monetaria que no se traduce necesariamente en opulencia material.

Aunque existe en esta etapa un primario desamparo se articulan prontamente formas de ayuda mutua. Se fundan instituciones sociales —el Centro Gallego de Montevideo surge en 1879— y lentamente se inauguran las bases de una efectiva bolsa de trabajo. Aparecen las sedes recreativas y las

romerías, marcadas muchas veces por el separatismo lucense, coruñés, orensano o pontevedrés. Muchos de los antiguos proletarios ingresan a las nacientes clases medias y otros no se detienen hasta llegar a la gran burguesía comercial o financiera. Este período está marcado por el signo de una activa dinámica social: estamos en el momento de "los trepadores de la pirámide".

La tercera etapa se abre luego de la Segunda Guerra Mundial. En un breve y terrible lapso el mundo se ha transformado. España ha soportado una cruenta guerra civil, una posguerra autoritarista y un desequilibrado ingreso en la modernidad. La realidad americana también ha cambiado y los signos de la involución impuesta por el neocolonialismo se traducen en los indicadores de un subdesarrollo galopante. La mentalidad aldeana del gallego de las anteriores etapas ha dado paso al cálculo racionalista, al desencanto existencial. Los inmigrantes llegan avisados: saben cuál es su modesto *plafond* de vuelo. Ha terminado el tiempo de las fortunas rápidas; ahora se busca simplemente un lugar bajo el sol. Las mujeres —todo esto vale para antes del 1960— aspiran a ingresar en las fábricas como obreras. Los hombres tienen previa información del mercado de trabajo y llegan con una segura plaza de guarda de ómnibus o de "mozo" en uno de los innúmeros bares fundados por sus connacionales. Esta etapa se ha cerrado. Hoy los emigrantes gallegos se orientan hacia Europa Central, Canadá y Australia. Los que no pudieron prosperar en Uruguay retornan a la Península. Ya nuestro país no es una bomba de succión de brazos sino un exportador de hombres y mujeres vacantes que desparraman su disponibilidad y desencanto por el mundo.

La inmigración gallega creó en el Uruguay patrones culturales y económicos de incisivos rasgos. Contribuyó a la edificación y afianzamiento de las cases medias —hoy en decadencia— del Uruguay batllista. El embanderamiento del español en general y del gallego en particular en las filas del partido blanco y del italiano en las filas del partido colorado ha sido una constante en nuestra historia política. La estructuración de muchas organizaciones nacionales de ayuda mutua no se explicaría sin la presencia de una solidaridad institucionalizada que deriva de la etnia gallega. ¿Y qué pensar de la influencia de la *morriña* galaica en nuestra tristeza criolla, en nuestra nostalgia de un paraíso perdido —la Edad de Oro de la estancia cimarrona—, en nuestro culto al tango y Carlos Gardel? Precisamente, antes de que nuestros ensayistas y científicos se preocuparan por el fenómeno inmigratorio, fueron dos géneros populares, el tango y el sainete, los detectores de la presencia del gallego en el escenario social rioplatense.

El gallego comerciante, con lúcidos objetivos económicos, inauguró nuevas escalas de valores en un país de aristócratas ecuestres venidos a menos, en una ciudad aún adormilada por la siesta colonial. Contribuyó a formar el espíritu urbano merced a su extraño salto de la aldea europea al mostrador de América. Tras su destajo cotidiano, cumplido de sol a sol, y dibujándose sobre sus frugales descansos nocturnos, comienza a precisarse el doble astral del dinero, el fantasma plutocrático de la *civitas* latinoamericana.

Pero los gallegos no sólo han traído consigo su espíritu de empresa, sus gaitas y sus romerías. Civilizados por esencia, apegados a la juridicidad, abiertos hacia formas intelectuales y convivenciales de un humanismo integrador, los gallegos han dejado en nuestra personalidad de base un trasfondo cultural que debe ser rastreado con adecuados instrumentos de investigación sociológica y antropológica.

LA INMIGRACION ITALIANA

EL LEGADO CULTURAL DEL "COCOLICHISMO"

Desde el advenimiento de América a la colonización europea los italianos están vinculados a los destinos políticos y culturales del Nuevo Mundo. Colón es genovés; Vespucio, florentino. Y cuando se funda la ciudad de Montevideo, entre los pobladores iniciales figura Juan Borghesi, cuyo nombre españolizado, Burgues, se ha incorporado al nomenclator urbano.

Los gringos (ODDONE, 1968) se manifiestan en la historia nacional por las actuaciones de Garibaldi o de los anarquistas finiseculares, pero es en la cultura popular rioplatense donde se trasvasan rasgos y pautas cuya presencia ha provocado una hibridación muy peculiar que uno de nosotros denominó "sociología del cocolichismo" (VIDART, 1955).

Las influencias de la cultura popular italiana, llegadas en sucesivas oleadas, son fácilmente comprobables en el lenguaje cotidiano del uruguayo, las prácticas culinarias, la gesticulación, las supersticiones, las normas de trato, la música tanguera, la organización familiar y social.

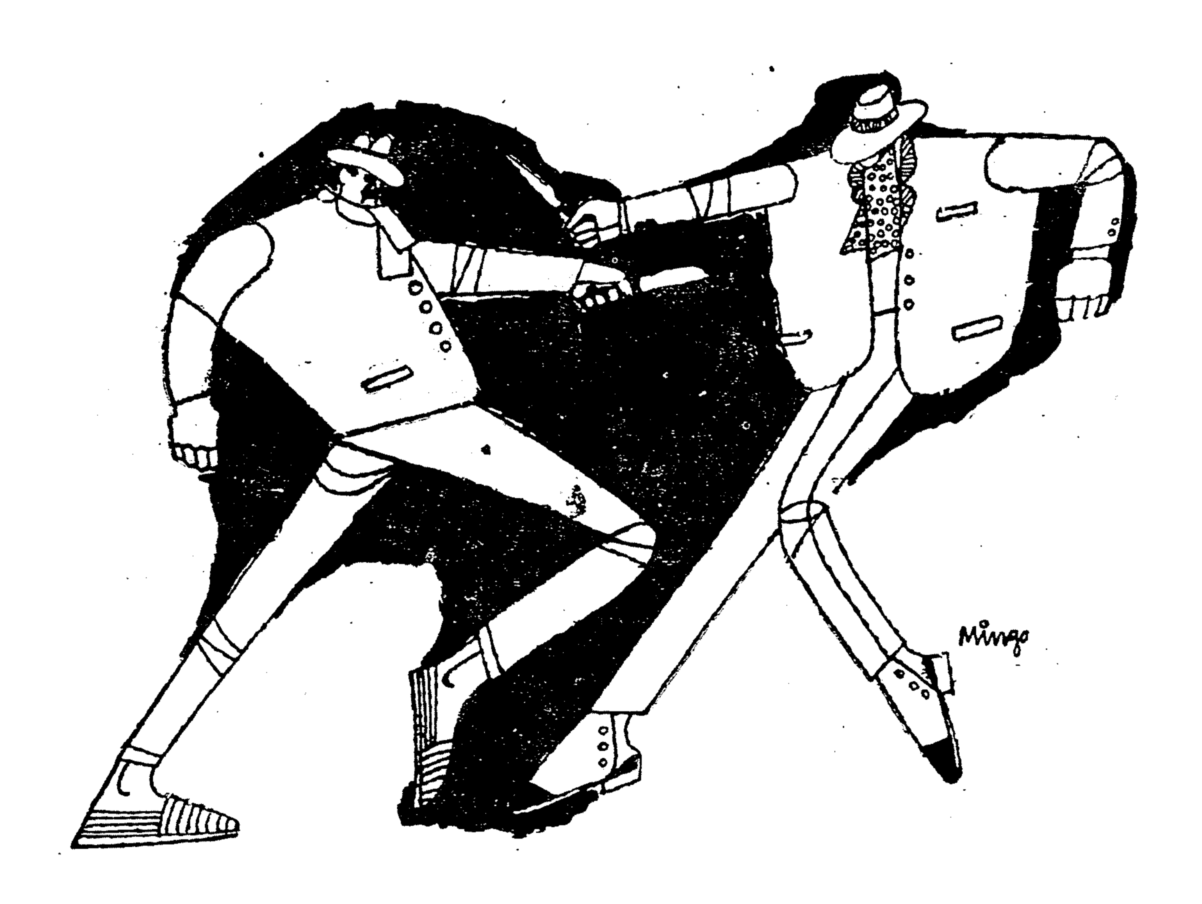
En el lenguaje callejero y doméstico los italianismos alcanzan un promedio elevado. *Berretín, bacán, bagayo, biaba, coso, descangayado, embrocar, escorchar, farabute, funyi, laburo, manyar, minga, pibe, pelandrún, percanta, peringundín, punga, rana,* etc. (GOBELLO, 1963) y cien voces más no son creaciones originales de nuestra parla suburbana sino legados napolitanos, ligures o calabreses. Los italianismos sintácticos son también abundantes y perceptibles: voy de Juan por voy a lo de Juan, tallarines a la manteca por tallarines con manteca, no me recuerdo por no recuerdo, no tengo más por ya no tengo, tengo de hablar

por tengo que hablar, llego con el autobús por llego en el autobús, máquina a vapor por máquina de vapor (MEO ZILIO, 1964-65). Existen además influencias fonéticas y seudoitalianismos léxicos —non parla ma si fica, se non te vedo piu feliche morte, buon giurno por la matina, cueli pochi— cuyo análisis no corresponde en este lugar. Ya DE MARSILIO, 1969, ha efectuado en el vol. 24 de NUESTRA TIERRA una contribución que ofrece al lector un panorama del campo lingüístico que por razones de espacio nos está vedado desarrollar.

Nuestros hábitos culinarios deben muchas contribuciones a los inmigrantes italianos que no se resignaron al acatamiento de la monocorde dictadura del mate y de la carne. De la Italia piamontesa y lombarda nos ha llegado la *polenta,* hermana de la *mamaliga* rumana, nieta de la vieja *polenta* romana e hija del maíz importado de América. Génova nos ha trasculturado la *fainá;* Nápoles, la *pizza,* la *figazza* y el *calzone;* los fríos contrafuertes de los Apeninos la *minestra* labradora y la *busecca* aldeana. Y de la tradición vegetariana de las ciudades y pueblos peninsulares proviene el innumerable ejército de las pastas: *spaghetti, ravioli, cappelletti, gnocchi, agnellotti, lasagne, tagliatelli, macarroni, vermicelli, fettuccine.* A este arsenal se suman el cálido *risotto* de la llanura paduana, que aculturó el arroz traído por los árabes a la huerta valenciana; el milanés y proletario *ossobuco;* la familia de los quesos: *ricotte* labradas como encajes, *mozzarelle* nacidas de la tierna cuajada, *gorgonzole* de agresivo aroma, *piacentini* de áspero paladar, *parmesani* de amarilla y dura entraña. Con los quesos aldeanos arriba el inevitable cortejo de vinos: el *carlón,* ordinario y popular, los de los contrafuertes alpinos, los de las lavas de Nápoles, los del soleado Salerno, los de las granjas de Toscana, los de los castillos romanos. Todos estos productos de la gastronomía y el folklore alimenticio itálicos se derraman en las pampas, cuchillas y pueblos del carnívoro Río de la Plata y confunden sus caudales con los de la refinada cocina francesa y la violenta cocina española provocando una mescolanza de las áreas del aceite, la grasa, la manteca y la salsa blanca cuyas consecuencias fisiológicas no han sido investigadas todavía con rigor científico.

En el terreno de la religión la influencia italiana es perceptible en el acendrado culto a los santos, rasgo que comparte con el catolicismo popular español. Santa Lucía y San Genaro han instalado en el Río de la Plata todo su cortejo folklórico, entreverando elementos cristianos con paganos. Entre estos últimos milita la *jettatura* meridional que pierde en estas latitudes su halo siniestro para convertirse en la *yeta,* una entidad frustrante, una parca en tono menor que se abate sobre nuestras cotidianas esperanzas en el juego o en el amor, dos evasiones individualistas al mortecino destino colectivo del *homo uruguayensis.*

Otra característica popular italiana que irrumpe en toda peña discutidora o en el diálogo vehemente es la gesticulación abundante, la costumbre de complementar la palabra con los dedos enfáticos y los brazos expresivos, amén de múltiples visajes faciales. Se trata de la herencia de la personalidad básica mediterránea, forjada a cielo abierto en los embarcaderos minoicos, en las factorías de comerciantes fenicios, en el ágora griega, en el mercado romano, en los puertos levantinos, en la plaza pública de las ciudades renacentistas, en los *zocos* del África berberisca, en los litorales soleados que se abren sobre las rutas del *Mare Nostrum.* Hay una psicología y una sociología del gesto. Los gesticuladores revelan una extroversión de eternos cabildantes que para algunos intérpretes traduce una expresividad biológica primitiva, reacia a de-



Dibujo de Mingo

La "guapperia" de los camorristas napolitanos decora la heráldica de los compadritos criollos.

cantarse en la palabra breve y el ademán esquemático, y para otros supone milenios de convivencia discursiva, de estentórea militancia social.

Para los anales de la música popular restan otras características que necesariamente soslayamos, oportunamente tratadas por uno de nosotros (VIDART, 1967). El tango rioplatense ha sido creado, aderezado y servido en gran parte por los italianos de Montevideo y Buenos Aires: compositores, letristas, músicos y cantores, toda una legión de per-

sonas (o personalidades) directa o indirectamente vinculadas a los *tanos, bachichas* y *yacuminos* gira en derredor de la historia de este género auténticamente popular. Los organilleros italianos tuvieron una indudable importancia en la génesis del tango y su difusión primigenia. Este capítulo, así como el referido a la lucha entre la guitarra ecuestre y el acordeón agrícola, entre los nómadas del oasis ganadero y los sedentarios de las quintas de hortalizas, merece una extensión que lamentablemente nos está vedada por la brevedad de este trabajo.

El italiano llega con su cultura a cuestas pero asimila con rapidez los valores de sus patrias adoptivas. Posee un indudable camaleonismo cultural, una gran facilidad para adaptarse a la circunstancia geográfica y humana que lo rodea.

Los científicos sociales han distinguido diversos grados en el proceso de los contactos de un grupo inmigrante con el medio físico y el ambiente espiritual de su nueva zona de residencia. Así, la *adaptación* tiene que ver solamente con la esfera biológica: es la respuesta afirmativa del organismo al nuevo escenario vital. La *acomodación,* en cambio, incide en la esfera psicosociológica: es la transformación de actitudes, de costumbres, de hábitos, para ajustarlos a las pautas del nuevo medio social. La adaptación puede conducir a la *fusión* cuando el inmigrante se mestiza con los elementos raciales aborígenes; la acomodación lleva a la *asimilación* cuando hay un maridaje de culturas, un intercambio de valores, una ósmosis del *ethnos* y del *ethos.*

Los italianos se han asimilado velozmente a las sociedades donde se injertaron. Donde quiera que vaya la emprendedora Italia peregrina, su maleabilidad cultural le permite vivir y convivir con todos los pueblos del mundo. ¿Hay en dicha asimilación un grecolatino mecanismo de civilización decantada en milenios de coexistencia urbana, una misteriosa efusión de scheleriana simpatía o una simple permeabilidad cultural que permite secularizar lo sagrado, socializar lo comunitario, pasar de la solidaridad mecánica a la orgánica, sumergir el Pequeño Grupo en la Gran Sociedad?



Los primores de los quinteros italianos colorean las ferias vecinales.

Los ingleses, los alemanes, los judíos que vienen a América conservan su lengua, sus modalidades religiosas y sociales, su férreo sentido del contacto comunitario. Se enquistan afectiva y culturalmente; son refractarios a un intercambio desprevenido de valores. Unos lo hacen por orgullo nacional —la vieja gloria de un imperio que subyugó medio mundo o la *Sturm und Drang* de un espíritu señero— y otros por cautela nacida de las desdichas del *ghetto* y los horrores del *pogrom.* Pero lo cierto es que en un sentido u otro se aíslan.

Los italianos, al revés de las anteriores migraciones etnocéntricas, procuran acriollarse a presión. Entregan confiadamente sus hijos, que pronto olvidan las pocas frases del idioma materno aprendidas en la infancia, al nuevo caldo de cultivo social; actúan con energía descubierta y confiada en el nuevo ambiente. Este deliberado deseo de convertirse en uruguayos o argentinos forja entre los italianos inmigrantes del siglo XIX y principios del XX un arquetipo gracioso y memorable: el *cocoliche.*

El *cocoliche* fue creado por Celestino Petray, un actor de la compañía de Pepe Podestá, aquel gran impulsor del teatro popular rioplatense. Durante una representación del drama "Juan Moreira" de Gutiérrez (adobado y complementado por los Podestá), Celestino Petray montó en un petiso y penetró al picadero, justo en la escena de la fiesta gaucha, imitando los ademanes y el lenguaje hispanoitaliano de Antonio Cocoliche, un peón calabrés de la compañía. El público recibió calurosamente al nuevo personaje porque supo descubrir, tras la aparente broma, el acierto sociológico del actor. Cocoliche entonces se emancipa de "Juan Moreira", se convierte en protagonista de innumerables sainetes y al fin, en esencia aunque no en nombre, es dignificado por el genio de Florencio Sánchez.

¿Qué es el cocolichismo, en definitiva? El cocolichismo revela un afán denodado de ser criollo. Es un desafío al ridículo, la proclama tragicómica de un deseo de convivencia que el italiano arroja al ruedo social para mostrar a todos su tentativa vehemente de asimilación.

El cocoliche, con su atuendo detonante y su idioma híbrido, pretendía decir: soy uno de los vuestros; quiero cantar como los payadores y caminar como los compadritos; temo a los caballos pero igual los montaré; deseo hacerme bebedor de mate y caña; comprendo vuestros hábitos, me asocio a vuestros júbilos, lloro con vuestras lágrimas; soy pobre y desvalido como vuestros pobres; os entrego mis hijos, lo único que tengo, porque ellos piensan y sienten como vuestros hijos.

Este patético mensaje de confraternidad, de comunión espiritual, expresado en una media lengua que arrancaba risas socarronas, fue comprendido. La xenofobia hacia el *gringo* no pasó de la burla cariñosa. Los *bachichas,* los *tanos,* los *grévanos,* los *musolinos,* los *gorutas,* los *yacuminos,* los *rusticanos,* los tocadores de organito, los albañiles, los changadores, los peones analfabetos, toda esa inmensa legión de cocoliches incansables para el *laburo* (palabra derivada de la voz siciliana *laburu*) prohijó luego generaciones de burgueses prósperos, de doctores renombrados, de gobernantes hábiles, de *élites* intelectuales y artísticas.

El cocolichismo es la vocación universalista del inmigrante italiano; es el patriotismo de la solidaridad; es la carta de ciudadanía del desarraigado transatlántico que encalla con los desarraigados de la tierra adentro en las orillas de las urbes rioplatenses. Constituye el manifiesto sociológico de la asimilación: traduce el deseo de compartir en el trabajo un duro destino, de formar hogares argentinos o uruguayos bajo el signo dramático del destierro. La patria lejana es sólo la nostálgica evocación del *bel paese* que más que cuna fue trampolín; la realidad de hoy y de mañana es esta América a la que hay que sembrar, llenar de ciudades, poblar con muchachos sencillos y laboriosos. El cocoliche contribuyó a transformar la "orientalidad", de vieja raíz hispánica y rural, en la "uruguayidad", un crisol de etnias mediterráneas fusionadas por la alquimia de los grandes centros urbanos.

OTRAS CORRIENTES INMIGRATORIAS

Desde mediados del siglo pasado, y con mayor intensidad en las primeras décadas del presente, se mezclaron a las grandes corrientes migratorias de origen latino que formaban la ancha base de la población, contingentes menores de europeos de otras procedencias, cuyo elemento de cohesión era por lo común la pertenencia a confesiones religiosas marcadamente distintas del catolicismo mediterráneo de aquéllos. Ingleses y alemanes, seguidos luego de piamonteses valdenses y suizos, fueron los primeros componentes de esta corriente inmigratoria variada y minoritaria; con ellos el cristianismo protestante penetra en un medio cuya homogeneidad católica sólo se había visto perturbada —a partir de la Guerra Grande— por circunstanciales manifestaciones de incredulidad liberal, producto de las ideas masónicas y carbonarias profesadas por emigrados franceses e italianos.

Sobre los finales del siglo XIX se insinúa una corriente inmigratoria sirio-libanesa, que se incrementa ya entrado el siglo XX; en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, y en los posteriores, hasta el estallido de la Segunda, llegarán los armenios, los eslavos y los judíos de diferentes procedencias, agregando nuevos matices al ya abigarrado cosmopolitismo de la población del país. Muchos vienen directamente de Europa, pero muchos otros eligen el Uruguay como alternativa ante la imposibilidad de un asentamiento satisfactorio en la Argentina.

Esta última oleada inmigratoria reconoce algunos factores causales comunes a los de las corrientes mayoritarias —y que ya se han examinado— como son los resultantes de la diferenciada implantación del sistema capitalista en los distintos países europeos, y sobre todo en el medio rural:



un doble destino decadente de la herencia británica: la Compañía del Gas y el "fóbal".

ruptura de las estructuras sociales y productivas tradicionales, desigual distribución de la tierra con su secuela de superpoblación relativa en las áreas lati o minifúndicas, incapacidad de las poco desarrolladas industrias urbanas para absorber la mano de obra disponible. Pero en este caso actúan además otros factores: las tensiones internas provocadas por los problemas de asimilación que presentaban minorías nacionales o religiosas —y que desembocaban frecuentemente en persecuciones—, las reordenaciones políticas y sociales internas de cada Estado y las modificaciones de fronteras operadas por las guerras, que hacían que el Estado vencedor procurara librar los territorios incorporados a la preferente ocupación de sus propios nacionales.

La marginalidad económica y social que signaba a estos emigrantes en sus lugares de procedencia y que impulsaba su desarraigo condicionó necesariamente su adaptación a la patria adoptiva. Con excepción de los de origen sajón, carecieron por lo común de capitales que les permitieran insertarse ventajosamente en un país cuya estructura de dominio económico, dependiente de la monoproducción agraria y fundada en la gran propiedad, se hallaba ya consolidada. Difícilmente sus nombres figuran en las listas del patriciado, y en su primera generación, salvo contadas ocasiones, no escalaron los rangos superiores del poder económico y del prestigio social. Se vieron abocados, en consecuencia, al desempeño del pequeño comercio y de artesanías diversas, o engrosaron los cuadros del naciente proletariado industrial; sólo los llegados antes de la Primera Guerra Mundial pudieron aprovechar los planes de colonización rural y volver al trabajo de la tierra como pequeños propietarios, y en algún caso como socios cooperarios. Los que

se radicaron en el medio urbano —y fueron los más— pugnaron por consolidar la fortuna que les permitiera situarse decididamente en la clase media. Trabajadores, ordenados, ahorrativos, confiados en el valor del esfuerzo individual y convencidos de que el mejoramiento económico y su consecuente ascenso social serían el premio lógico de sus afanes, vieron en general cumplidos sus deseos ya que estas cualidades y predisposiciones se aplicaron coincidentemente en los períodos de auge que las guerras mundiales trajeron al Uruguay. Predeterminados por las frustraciones sociales que arrastraban de su origen al manejo de valores típicos de clase media, reforzaron esta actitud al inscribirse en la pequeña burguesía, amplia y pujante, que dominaba el cuadro de la estratificación social del país. Fuera de algunos ya señalados, uno de los más destacables de estos valores ha sido la importancia acordada a la instrucción superior; en todos los casos es manifiesto el estímulo a los hijos nacidos en el país para la obtención del título universitario, llave de acceso a las capas sociales superiores.

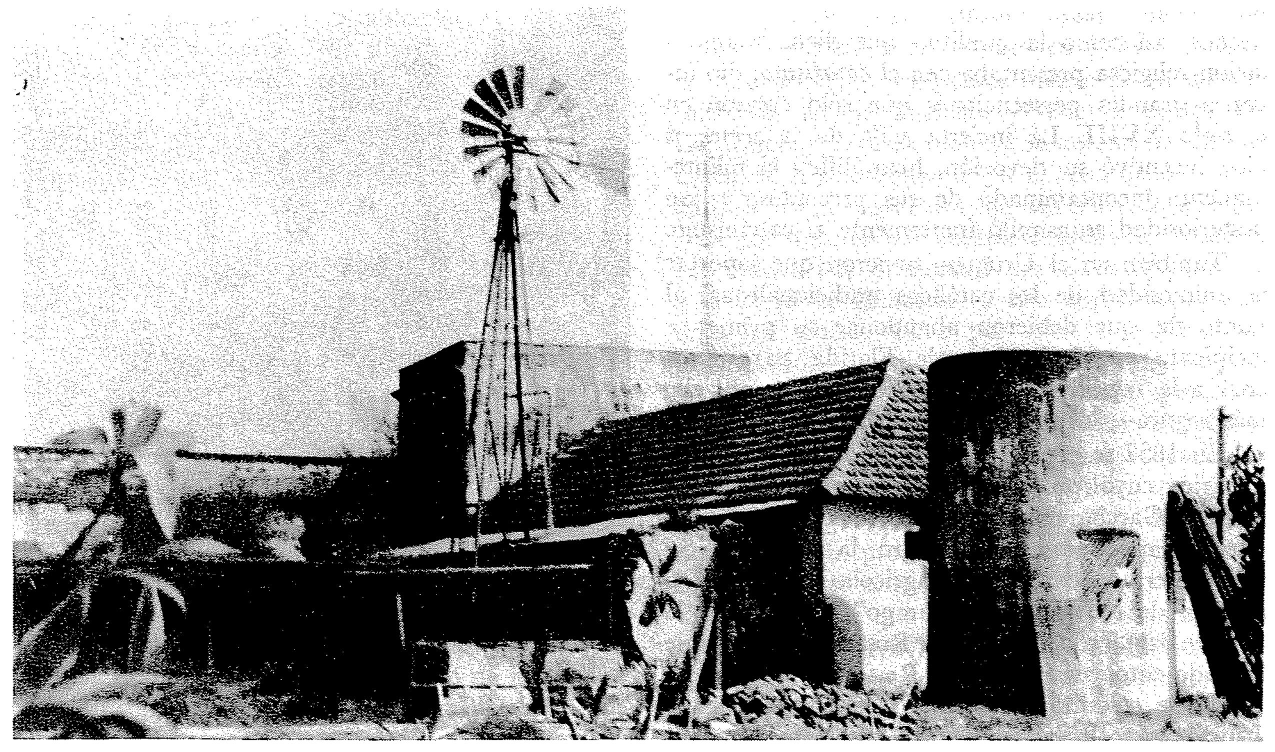
Estos contingentes son los que han formado "colonias" en el más estricto sentido que el término asume en nuestra semántica corriente: conjuntos que en mayor o menor grado se presentan como cerrados sobre sí mismos, celosos de la endogamia grupal, aferrados al uso de su lengua, costumbres y prácticas religiosas, renuentes a participar en la vida política y social del país. Por estas razones su incorporación a la proteica sociedad nacional se ha visto enlentecida o se ha procesado apenas de manera parcial, especialmente en los casos en que la religión constituye su vínculo primario. Estos contingentes han mostrado en general una permeabilidad menor que los pueblos de cultura latina en lo que respecta a la identificación con la nueva nacionalidad que también han venido a componer. Variadas formas de control social interno del grupo resisten la tendencia a la asimilación que en las generaciones posteriores necesariamente surge, y que se manifiesta en el hecho de que los hijos hablan el español rioplatense mejor que la lengua de sus padres, se apartan de sus prácticas religiosas, eligen pareja fuera del grupo y toman partido en los conflictos sociales y políticos del país. El choque de las diferentes concepciones características de los que vinieron al Uruguay y de los que aquí crecieron, conforman el drama —multiplicado en cada familia— característico de estos grupos: la opción entre "la tierra en donde se está" y "la tierra a la que se pertenece".

Estas circunstancias —contingentes minoritarios, relativo apartamiento de la vida nacional— han hecho que los aportes culturales de estos grupos sean mínimos. En estos casos, el proceso que importa elucidar desde el punto de vista de la dinámica cultural es justamente el contrario: el modo en que estos inmigrantes internalizan las pautas propias de su nuevo país.

PIAMONTESES Y HELVETICOS

LOS VALDENSES

En febrero de 1857 arribó a Montevideo el primer contingente de emigrantes del Piamonte de religión valdense, que sumaba apenas 11 personas; a este pequeño grupo se agregaron 71 inmigrantes llegados en setiembre y 136 en diciembre del mismo año. Éstos fueron los iniciadores de una corriente colonizadora valdense que se nuclearía luego en nuestro país en la "Colonia Valdense" y en



El cortile del Piamonte italiano trasvasado a los campos de Colonia Valdense.

las poblaciones de "Artilleros", "Colonia Cosmopolita", "Riachuelo", "Tarariras" y "Ombúes de Lavalle" en el departamento de Colonia, y en "Cañada de Nieto" en el de Soriano. En la Argentina formarían también colonias en la provincias de Santa Fe, Entre Ríos y en el sur de la provincia de Buenos Aires.

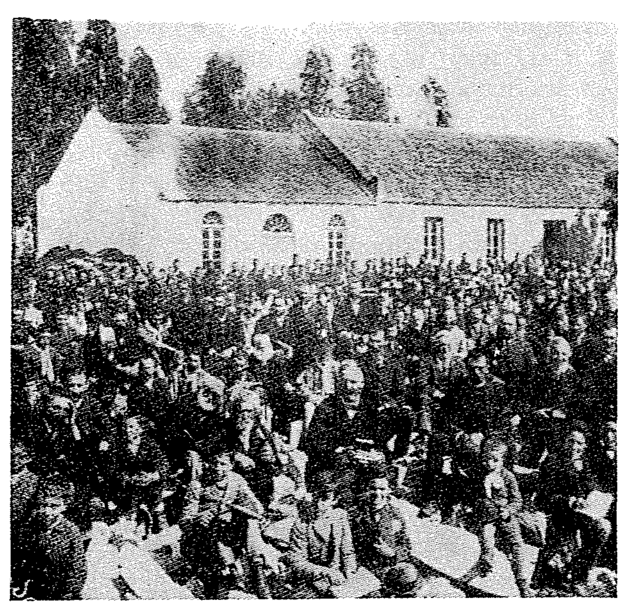
Los valdenses —heréticos surgidos de la heterodoxia de Pedro Valdo en 1170— habían llevado por siglos una existencia azarosa y pobre por efecto de las persecuciones religiosas; establecidos finalmente en los valles del Piamonte, en la Saboya y el cantón suizo de Vaud, constituyeron allí grupos extremadamente cerrados, de elevado grado de solidaridad y dominados por fuertes sentimientos de defensa, cuyo aislamiento sólo se vio alterado cuando la presión demográfica los obligó a emigrar de esos enclaves.

La unidad del grupo estuvo dada en principio por factores religiosos, reforzados después por una estricta endogamia. Esta secta cristiana nacida en el sur de Francia en los finales del siglo XII, como antes se dijo, se caracterizó por la creencia en la Biblia y su lectura directa, el rechazo de los sacramentos y del culto a los santos y el desarrollo de formas de vida muy austeras reforzadas por

una honda unión fraterna entre sus fieles. Estos hechos, así como la similitud que dicha manifestación religiosa presentaba con el *catarismo,* dio lugar a grandes persecuciones que sólo cesaron en el siglo XVIII. La incierta vida de la secta, si bien incentivó su devoción, hizo difícil el mantenimiento incontaminado de sus preceptos, y con posterioridad se asimiló fuertemente al calvinismo.

También en el Uruguay tuvieron que soportar la animosidad de los católicos tradicionalistas, al punto de que debieron abandonar su primer e incipiente establecimiento de Florida para marchar a la región entonces despoblada —y por ello más segura— del Rosario Oriental.

En 1857 se constituyó la Sociedad Agrícola del Rosario, cuyo propulsor y primer presidente fue Doroteo García, ministro de Hacienda de Gabriel Pereyra, quien también integró la sociedad. Su negocio era la explotación agrícola y la venta a colonos de "4 leguas de campo" situadas en la margen izquierda del arroyo Rosario en el paraje llamado entonces Rincón del Rey. La idea primera fue la de colonizar esa región con colonos suecos y suizos, pero los primeros no llegaron nunca y los segundos sólo algunos años más tarde, con lo que se procuró el traslado de los valdenses de Florida. En 1859 se establecía en lo que es hoy La Paz (Colonia) el primer núcleo valdense, formado por un conjunto de 45 familias a las que se dio una legua cuadrada dividida en 36 chacras, algunos animales y enseres de labranza y el derecho a retener el producto de la primera cosecha. Los colonos estaban obligados a cultivar extensiones precisamente señaladas de determinados cereales, a ceder a la compañía por cuatro años una tercera parte de las cosechas y a reembolsarla, en el término de tres años, de los gastos de sus traslado e instalación. El de los valdenses es pues un caso típico de colonización inducida por móviles crudamente comerciales. Como es de norma en estos casos, la incipiente colonia enfrentó durante un tiempo una dura vida de trabajo y restricciones.



Colocación de la piedra fundamental del Templo de Colonia Valdense. 21 de abril de 1892.

La primera preocupación de los valdenses fue, lógicamente, la de fundar su iglesia y organizar en torno de ella la vida de la colonia. En rigor, los progresos posteriores del núcleo ocurrieron cuando entre el *pastor,* la *Asamblea* de los fieles y el *consistorio* se dieron situaciones de acuerdo, ya que la función de éstos excede el terreno estrictamente religioso y rige todos los aspectos de la vida grupal: costumbres, educación, previsión social y dirección económica. Por ello la etapa de mayor desarrollo de la colonia valdense se ubica entre los años 1878 y 1920, en los cuales su iglesia fue dirigida por el pastor Daniel Armand Ugon, quien reunía grandes condiciones de líder y de organizador. Este

verdadero patriarca fue el autor de varias iniciativas, como la erección de diversos templos y escuelas elementales, la creación de un hogar para ancianos y de un liceo de enseñanza secundaria, el segundo que se fundó en el interior de la república; promovió asimismo la adquisición de mayores extensiones de tierras y la fundación de las otras colonias en nuestro país y en la Argentina. Como resultado de todo ello, y de la solidez económica que la agricultura intensiva proporcionó, compusieron los valdenses una pujante clase media rural. La vida comunitaria se mantuvo mucho tiempo aferrada a los hábitos tradicionales, al uso del *patois* piamontés, a la devoción religiosa, a la unión matrimonial de las familias del mismo origen, al ahorro. En otras palabras, una vida volcada hacia el interior del grupo, con manifiesta prescindencia de los problemas sociales y políticos del país. Luego de la segunda década del siglo comenzaron a orientarse al comercio y a las profesiones liberales, sin abandonar el cultivo de la tierra. Se inicia entonces un proceso de integración a la vida general del Uruguay y se debilita la práctica de la endogamia.

LA PROSPERA COLONIA SUIZA

La emigración suiza al Uruguay comienza alrededor de 1861. Por esa época ya se habían establecido en Buenos Aires unos 6.000 suizos, número considerable si se piensa que aquella ciudad reunía entonces 200.000 personas. Hasta poco antes esta corriente emigratoria se había dirigido a los EE. UU., pero al ser interrumpida por la Guerra de Secesión, la propaganda de las empresas colonizadoras comenzó a destacar las ventajas de una radicación en el Plata.

En consecuencia, una firma bancaria de Basilea compró los campos a la Compañía del Rosario, en los que fundó la colonia "Nueva Helvecia" en 1861; la ciudad actual surgió en 1894.

Los primeros pobladores fueron en su mayoría suizos de lengua alemana y religión protestante. La posterior organización de la colonia es un caso típico de enquistamiento, en el seno de una sociedad, de un grupo netamente diferenciado que procura mantenerse por completo ajeno al contexto. La motivación primordial era el enriquecimiento y el envío de ganancias a la compañía organizadora en Suiza. Tuvo por ello la colonia una organización rígida, dirigida por un Consejo de la Comunidad y una Administración que imponían a los colonos la obligación de cumplir las disposiciones que dictaran so pena de exclusión. La colonia estaba regida por normas endogrupales de tal rigor que —por ejemplo— las desavenencias que se produjeran entre sus miembros debían ventilarse ante un árbitro de la comunidad; sólo en caso de que no se llegara a una solución se podía recurrir a los tribunales ordinarios de la República. Estaban los colonos igualmente obligados a contribuir con su trabajo a la realización de las obras públicas; prescribía también el *Reglamento de la Colonia* la pérdida de los derechos en la misma a los colonos que tomaran parte en "los movimientos políticos de los nativos", pues se consideraba que ello podría lesionar su "tranquilidad y progreso".

El sello de la ética protestante se trasluce en la obligación del trabajo, ya que sería excluido de la colonia "todo individuo que practique un comercio equívoco o que no tenga medios de vida", y en la prohibición de instalar despachos de bebidas alcohólicas. Los emigrantes que carecían de tierras estaban sujetos a un *convenio de locación de servicios* por el cual, para ser aceptados como obreros, debían comprobar "una vida moral hasta la fecha", "su capacitación para la agricultura y su

fuerza física", y "poseer dos mudas completas de ropa"; fuera de la paga, este convenio aseguraba al trabajador la provisión por parte de su empleador, durante el tiempo de su empleo, de "una sana y abundante alimentación, sin vino".

Asimismo, el art. 6º del citado *Reglamento de la Colonia* establecía que "para conservar las costumbres suizas, se fundará en cada colonia una sociedad de tiro a la que pertenecerán todos los hombres aptos entre 18 y 50 años".

Desde luego que la vida de la colonia implicó a la larga el abandono de los severos preceptos de sus organizadores: se rompió su encierro y pasó a confundirse con el conjunto de la población nacional. No se mantuvo posteriormente la corriente de inmigración suiza; el censo de 1963 indicaba un exiguo número de individuos de esta procedencia: sólo 443.

La primera pesca de la "brigada colectiva" de los colonos de San Javier.



LOS ESLAVOS

Una verdadera inmigración eslava de proporciones significativas no tuvo comienzos sino en la primera década del siglo actual. Su incremento, enmarcado en el breve lapso comprendido entre los años 1924 y 1929, es directo reflejo de las tensiones suscitadas en la Europa Oriental y en los Balcanes por los radicales cambios políticos y las modificaciones territoriales que trajo la paz de 1918 y que colocaron en problemática situación a muchas minorías nacionales. El ingreso de eslavos a nuestro país anterior a estas fechas no puede ser considerado una verdadera inmigración por su irregularidad y escaso número; por las mismas razones los primeros contingentes no mantuvieron la unidad característica de una "colonia", disolviéndose en el conjunto de la población del país y castellanizando incluso sus apellidos. Así, después de 1835, arriban varias familias dálmatas (Cuculich, Jakob, Lajalo, Lentich, Lucich, Setelich, Suppisich —Suppici—) casi sin excepción dedicados a los oficios náuticos. Conocida es la actividad pionera en las marinas mercantes del Uruguay y la Argentina de navegantes de origen yugoslavo como los Lussich, Mihanovich y Rusovich.

En los inicios del siglo XX ya presenta cierta consideración el número de yugoslavos emigrados, al punto de que en 1912 se funda en Carmelo la primera institución que agrupa personas de este origen: la Sociedad Montenegrina. Por esa época llegan también algunos contingentes polacos y en 1913 tendrá lugar la constitución de la Colonia San Javier en el departamento de Río Negro con rusos del Cáucaso.

La inmigración de agricultores rusos, fomentada por el gobierno nacional como parte de una política de estímulo al trabajo y la producción agrícola, reconoce una motivación original que, no



Foto: Archivo P. Kurtich.

Los surcos fundacionales de la colonia. San Javier, 1913.

obstante ser propia de este grupo, se inscribe en el marco general de fricciones de raíz religiosa que impulsaron tantas otras migraciones.

En la región del Cáucaso situada entre los ríos Don y Kubán (Krasnodar), había logrado particular arraigo una secta religiosa desprendida de la Iglesia Ortodoxa llamada *Novo Izrailskaya Obschina* (Comunidad Nuevo Israel), cuyos adeptos se vieron llevados a una crítica situación por el juego de factores de poder implicados en el régimen zarista. La derrota rusa en la Guerra de Manchuria y el sacudimento social causado por la frustrada Revolución de 1905-07 obligaron al sistema a adoptar una serie de medidas de contenido liberal a efectos de aflojar la presión de las corrientes modernizadoras. Entre dichas medidas se destacan la reforma stoplyniana y el establecimiento de la libertad de cultos. Las transformaciones agrarias impulsadas por el ministro Stoply, que tendían a estimular la pequeña explotación individual y en consecuencia al afianzamiento de una clase media rural *(kulaks)*, desalentaban por lo tanto el trabajo comunitario de la tierra, modalidad utilizada por los adeptos al Nuevo Israel. Por otra parte, los grupos sostenedores del sistema tradicionalista de poder —entre los que se situaba el clero ortodoxo— aprovecharon la apertura que significaba la libertad de cultos para desatar la persecución de los grupos religiosos minoritarios. Los miembros de la secta Nuevo Israel abandonaron entonces su país para dirigirse unos grupos a California y otros a Australia.

Interiorizado nuestro gobierno de los problemas de esta minoría religiosa por los informes del cónsul José Richling e interesado en el fomento de la colonización agrícola, gestionó por su intermedio su traslado al Uruguay.

En 1913, dirigidos por su conductor religioso Basilio Lubkov, 750 colonos rusos se establecían en 3.000 hectáreas de los campos de San Javier sobre el río Uruguay. Desde el principio adoptaron el régimen cooperativo, basado en la existencia

de cooperativas pequeñas compuestas cada una de 5 a 10 familias que se agrupaban en una cooperativa general. Posteriormente se abandonó el régimen cooperario y se pasó a la explotación individual de la tierra; subsistió no obstante una cooperativa de consumos.

Hacia 1923 el crecimiento vegetativo hizo que los predios familiares de 40 hectáreas resultaran exiguos; paralelamente, la capitalización operada por las actividades de los colonos permitió la adquisición de 10.000 hectáreas más. En 1953 el grupo anexó también las 30.000 hectáreas de la estancia "Farrapos".

Dos rusitos aguateros en los inicios de San Javier.

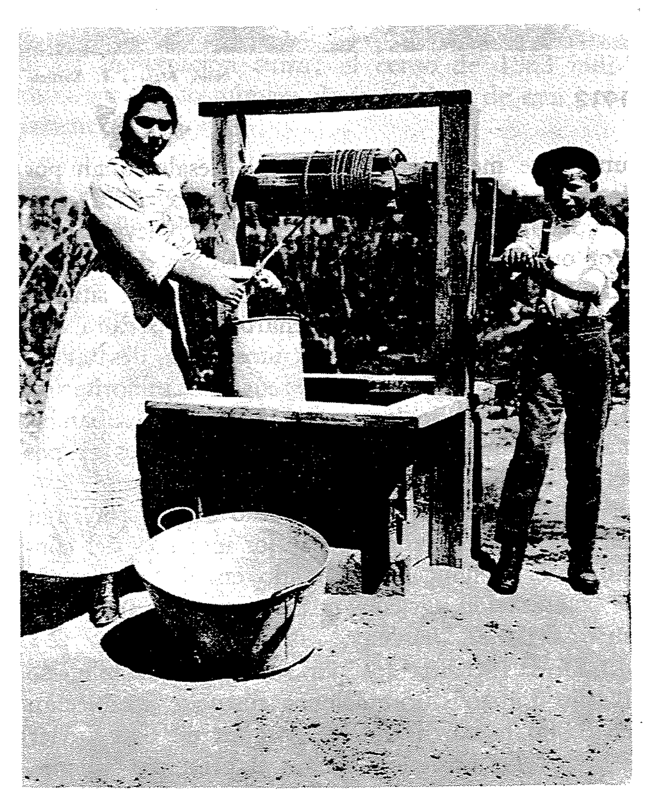


Foto: Archivo P. Kurtich.

Algún tiempo después, mediante financiación del Banco Hipotecario, se adquirieron nuevas tierras que constituyeron la colonia Ofir, en la que a cada familia correspondió un lote de 40 hectáreas.

El núcleo de la primitiva colonia San Javier forma hoy el pueblo del mismo nombre, al que el último censo adjudica 1.178 habitantes; la zona de colonización rusa tiene algo más de 1.500 habitantes, incluyendo los 299 de Ofir.

El impulso aportado por ambas colonias a la economía regional ha sido considerable. Los inmigrantes rusos han cumplido en el desarrollo agrícola del Litoral el papel que cupo a los italianos en los departamentos del sur. Los rusos ensayaron distintos tipos de trigos y fueron los introductores del cultivo del girasol en el país; ya en 1915 existía en San Javier una pequeña fábrica de aceite que sumaba un producto raro al pobre contexto de la producción industrial de la época. El puerto construido sobre el río Uruguay para el embarque de granos mantuvo hasta 1940 gran actividad; declinó luego por la crisis del cabotaje y la disminución de la producción cerealera, pero de todos modos puede ser considerado el último puerto fluvial uruguayo de ultramar.

Fuera de estos aportes en el orden material, el enclave lubkovista ha esparcido en este sector de la campaña uruguaya algunos rasgos culturales exóticos. Los típicos carros rusos ruedan por sus caminos, los ranchos tienen la organización interna de la isba y la *Sabraña* (asamblea religiosa) mantiene sus festejos religiosos tradicionales de los 31 de mayo y los 25 de diciembre.

Acontecimientos posteriores, en especial la invasión nazi a la URSS, que reforzaron el nacionalismo ruso al par que significaron una cierta de-

clinación del vínculo religioso, afectaron la unidad de la colonia ya que impulsaron a muchos de sus miembros a regresar. Queda aún un considerable núcleo de los descendientes de aquellos esforzados iniciadores que librados a sí mismos debieron reconstruir sus formas sociales en un país del que desconocían todo —comenzando por el idioma—, sin el sostén de capitales y en el que debieron enfrentar en los primeros tiempos considerables calamidades y una elevada mortalidad infantil.

La Primera Guerra Mundial, al favorecer las exportaciones de la producción agropecuaria, aparejó un período de prosperidad para los países del Plata que se prolongó en los años inmediatamente posteriores a la misma. Coincidentemente, soportaron entonces los países europeos una sostenida crisis agrícola derivada en parte de aquel conflicto pero que a la vez era consecuencia de la disfuncional estructura de la explotación de la tierra. En casi todos los países se planteó entonces la imperiosa necesidad de cumplir reformas agrarias cuando menos parciales que favorecieran la formación de clases medias rurales eliminando el arcaico sistema del latifundio señorial y su obligada contrapartida de campesinos sin tierra.

Estos desajustes estructurales, que como ya hemos visto constituían los principales factores expulsivos, se vieron entonces reforzados por el acentuado empobrecimiento de las capas sociales inferiores —especialmente campesinas— provocado por la guerra y por el sentimiento generalizado de temor a su reiteración. Una consecuencia lógica de esta oposición entre los climas sociales de los países de procedencia de los inmigrantes y de los países receptores de la emigración será el considerable aumento de su flujo a los países del Plata, que provocará en la Argentina y el Uruguay el explosivo crecimiento urbano de Buenos Aires y Montevideo, ambos puertos y por lo tanto puertas de entrada. Experimenta entonces un nuevo auge la inmigración "tradicional" (españoles, italianos), interrumpida por la guerra, y con ella llega otra, muy nutrida y de muy variados orígenes.

El más granado ingreso de eslavos tiene lugar, como ya lo dijimos, entre 1924 y 1929; disminuye luego y se frena totalmente a partir de la Segunda Guerra Mundial. Cualquiera sea el país de donde provienen contingentes eslavos, en todos los casos pueden señalarse similares causales de su desarraigo fuera de las generales que acabamos de referir y que sintéticamente consistían en la particular inestabilidad social derivada de los nuevos trazados fronterizos y de la multiplicación de regímenes políticos autoritarios.

El horno ucraniano y el rito universal del pan.



Foto: Archivo P. Kurtich.

Polonia y Rumania experimentaron similares problemas que favorecieron la emigración de considerables contingentes. Una y otra ampliaron sus territorios en perjuicio de los Estados vecinos. En ambas la elevada proporción de las minorías nacionales (31 % y 25 % respectivamente) complicaba extraordinariamente el logro de su unidad como Estados-naciones, y en las dos también la tierra cultivable estaba en su mayor parte monopolizada por una restringida clase de propietarios. Por estas razones, Polonia favoreció la emigración de campesinos ucranianos y bielorrusos de sus nuevos territorios de la Polesia, la Volhynia y la Galitzia Oriental, a fin de librar esas tierras a la ocupación de campesinos polacos. Del mismo modo Rumania incentivó la colonización interna con sus nacionales de las zonas recién adquiridas, para lo cual debía previamente incentivar la emigración de los búlgaros de la Dobrudja y de los ucranianos de la Besarabia. Se estima que de los inmigrantes que llegaron con documentación polaca o rumana sólo un 10 % lo era efectivamente, mientras que el 90 % restante pertenecía a minorías nacionales. En el caso de Polonia, otras tensiones provocaron la gran emigración judía. En otros Estados, similares circunstancias engrosaron la corriente de la emigración eslava. En Checoslovaquia —donde los checos eran el 46 %— el gobierno fomentó la emigración de eslovacos; en Yugoslavia, al establecerse en 1921 un estado de estructura unitaria dominado por los serbios (46 %), lo que implicaba avasallar las prerrogativas de las otras naciones, se empujó a la emigración a los croatas; en la Venecia Julia (Istria y Fiume), territorios yugoslavos ocupados por Italia, el gobierno de ésta procuró desalojar a los eslovenos y colonizarla con italianos.

La emigración de búlgaros y lituanos estuvo determinada de manera prevalente por las transformaciones socio-políticas que se operaron en esas sociedades. En la Bulgaria de la primera posguerra la afligente situación del campesinado pareció hallar salida por la vía reformista, al obtener el gobierno el partido que, por contar con el apoyo masivo de aquella clase, tenía por programa la satisfacción de sus aspiraciones. Pero en junio de 1923 tiene lugar un golpe de estado militar que disuelve el partido agrario, asesina a su jefe Stambuliski y anula las reformas planteadas imponiendo un régimen de tipo fascista; la revuelta campesina latente estalla finalmente en setiembre de ese año pero es sofocada dejando un saldo de más de 20.000 víctimas. Los campesinos abandonan entonces el país en crecido número. En Lituania, las clases rurales se encontraban también agobiadas por los altos impuestos y la desocupación, no obstante la reforma agraria realizada en 1922 en perjuicio de los propietarios polacos. En 1926 el régimen dictatorial de Smetona, que tendrá luego estrechas vinculaciones con la Alemania nazi —a la que incluso entregó el territorio del Memel— desata la persecución ideológica y suprime las organizaciones de trabajadores; comienza entonces la primera oleada de la emigración lituana. La segunda tendrá lugar después de agosto de 1940, cuando Lituania se incorpora a la federación soviética.

En el Uruguay los inmigrantes eslavos se han dedicado preferentemente a las tareas agrícolas (cereales, oleaginosos, viticultura) y al trabajo en ciertos sectores de la industria. De origen por lo general campesino, la coyuntura económica que hallaron al llegar al país —excepto en el caso de los caucasianos de San Javier— los obligó muchas veces a orientarse a otro tipo de actividad, aunque también muchos pudieron continuar aquí el trabajo de la tierra. Los frigoríficos y la construcción —en los momentos de auge de estas ramas de la industria— absorbieron la mayor parte de la mano

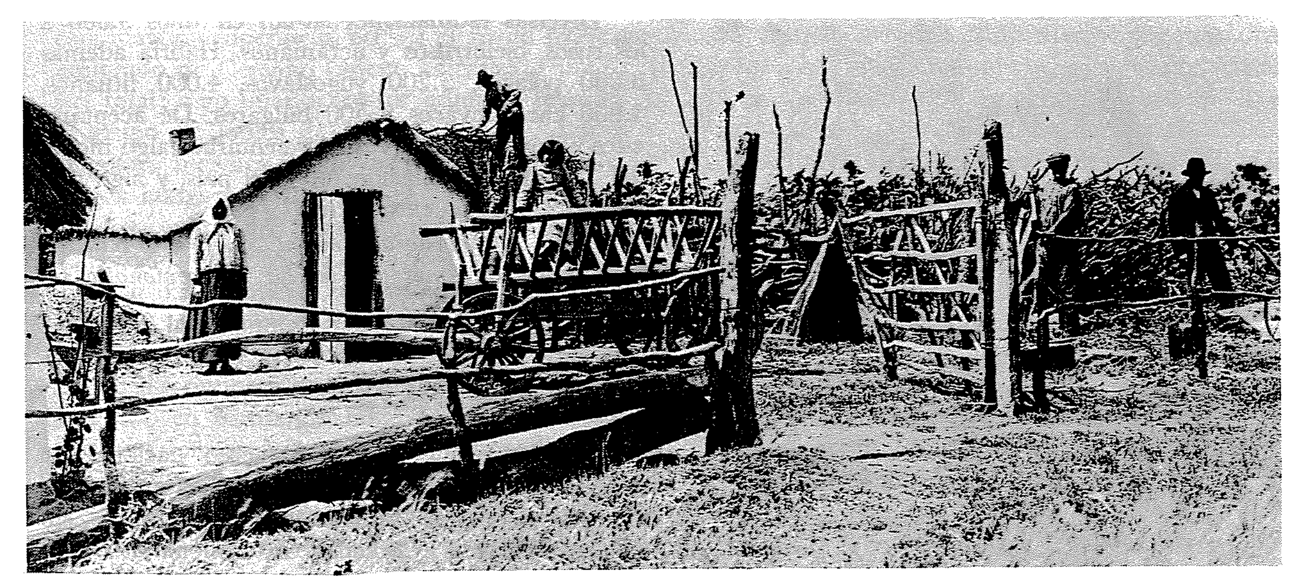


Foto: Archivo P. Kurich.

La isba se convierte en rancho, pero el carro báltico conserva su estilo arcaico.

de obra eslava. Muy pocos se orientaron al comercio. Algunos grupos parecen haberse especializado en ciertas tareas, como los yugoslavos en la construcción o en el trabajo de las canteras en Carmelo, Conchillas y La Paz.

Todas las colectividades eslavas han creado instituciones culturales que alegre y orgullosamente continúan cultivando sus danzas y canciones folklóricas, al tiempo que constituyen centros de sociabilidad donde se preservan sus perfiles nacionales típicos. A vía de ejemplo pueden citarse (entre otras) el Centro Cultural "Máximo Gorki", que nuclea a rusos, ucranianos y bielorrusos, la Sociedad Cultural Búlgara, la Asociación Yugoslava "Bratsvo" (Fraternidad), el Centro Cultural Polaco "Adan Mickiewicz", el Centro Lituano del Uruguay, etc. Audiciones radiales y televisivas y periódicos en español u otra lengua —como el lituano Darbas (Trabajo) o Voz Eslava, en español— completan estas actividades. Muchas veces presentan estas agrupaciones un cierto tinte político, reflejo de las diferentes posiciones de sus miembros respecto de los regímenes existentes en sus patrias de origen. Estas diferencias han llevado muchas veces a dividir una colectividad en fracciones irreconciliables.

En algunos casos, como entre ciertos núcleos lituanos y rusos, se han fundado iglesias nacionales, cuyo culto es considerado un poderoso lazo de unión.

Se hace difícil precisar el número de integrantes de las distintas colectividades, máxime cuando se carece de elementos de juicio sobre el grado de miscigenación de los inmigrantes y sus descendientes en la población general, o sobre la medida en que la segunda generación (es decir, la primera

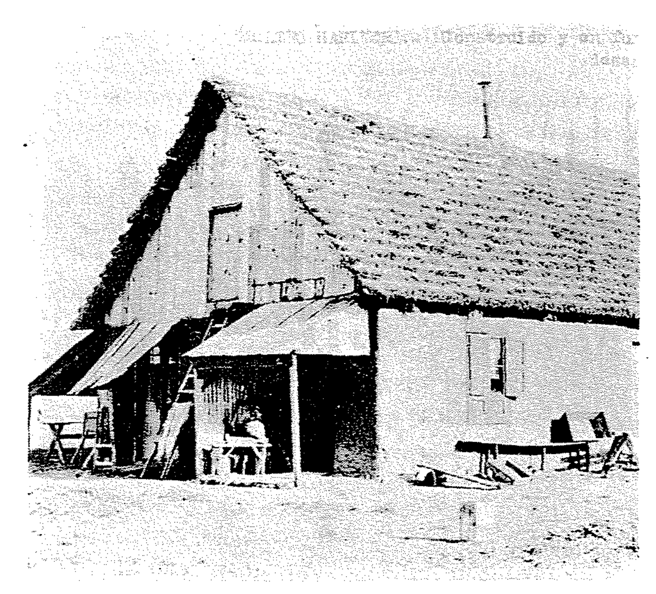


Foto: Archivo P. Kurtich.

A dos meses del desembarco de los colonos, funcionaba el molino harinero de San Javier.

nacida en el país) mantiene un sentimiento de pertenencia al grupo o sobre la asimilación lingüística al español rioplatense. Los datos del censo nacional poca luz arrojan sobre el punto, primeramente porque todos los nacidos en el país figuraron en él como uruguayos y no se tomó el dato sobre nacionalidad de los padres, y en segundo lugar porque el criterio empleado al consignar el "país de nacimiento", fuera de no dar elementos de juicio cuando el inmigrante procedía de una minoría nacional o religiosa, incurre en el grueso error de ubicar a todos los nacidos en territorios de la URSS como "rusos", con lo que el Censo redujo a dicha nacionalidad a todos los procedentes de las distintas repúblicas soviéticas federadas (ucranianos, bielorrusos, armenios, georgianos, letones, estonios, lituanos, etc.).

Diversas estimaciones sitúan en unos 9.000 a los rusos, bielorrusos y ucranianos. Habría además 3.000 polacos, 3.200 yugoslavos, 4.000 lituanos, 1.000 checoslovacos y 500 búlgaros. De aceptarse estos cálculos, los eslavos representarían algo menos del 1 % de la población total del país, y algo más del 10 % de los extranjeros.

(Los autores agradecen al Sr. Pedro Kurtich los valiosos informes que les ha proporcionado sobre la inmigración eslava.)

LOS JUDIOS

Los datos que registra el censo nacional de 1963 consignan, como recién lo indicáramos, únicamente el país de nacimiento de los censados, sin señalar si tienen realmente esa nacionalidad o si por el contrario pertenecen a un grupo nacional minoritario enquistado en otra nación. Esta ausencia de cifras se vuelve especialmente grave al considerar la colectividad judía del Uruguay, y ante el cuadro censal cabe preguntarse, por ejemplo, si entre los 9.000 "polacos" o los 7.000 "rusos" tabulados, no habrá una considerable mayoría de israelitas. Ante dicha carencia es necesario efectuar estimaciones cuyo grado de exactitud es siempre discutible. Así, hacia 1968 (JEROZOLIMSKI, 1968) se calculaba en 50.000 el total de judíos de nuestro país, cuya inmensa mayoría habitan Montevideo. Una publicación efectuada diez años antes ("Judíos en el Uruguay", 1957) ubicaba en el interior de la República un número escasamente inferior al millar, cuyos contingentes mayores se hallaban en las ciudades de Paysandú (unos 300) y Rocha (unos 100).

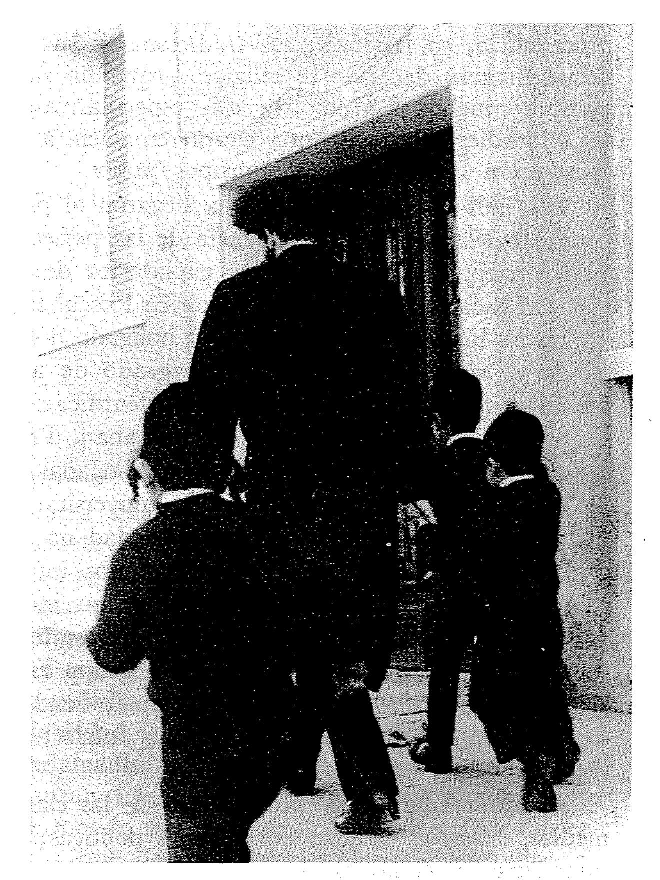
En este conjunto —de acuerdo con las aludidas estimaciones— los judíos *ashkenazim* procedentes de los países de Europa Oriental constituyen

una mayoría superior al 60 %; el grupo *sefaradim,* emigrado de Cercano Oriente, alcanza a un 20 % del total; algo inferior en los números relativos es el grupo de judíos de lengua alemana. Los contingentes menores están integrados por judíos de origen húngaro y yugoslavo.

Los judíos del oriente europeo procedían por lo general de pequeños núcleos urbanos. En su emigración influyeron especialmente motivos económicos, pues aunque en esas regiones existía una actitud bastante generalizada y muchas veces aguda de discriminación religiosa, ésta se traducía sobre todo en su marginalidad económica. Los *ashkenazim* formaron los primeros grupos llegados al Uruguay en el correr de la primera década del siglo. No se tienen datos de emigración judía anterior a 1907; en 1909, empero, se funda ya la primera institución judía en nuestro país, *Ezrah* (Ayuda), cuya finalidad era facilitar el establecimiento de los inmigrantes de aquel origen. Por su presencia mayoritaria, los *ashkenazim* han integrado las primeras y más importantes instituciones judías en nuestro medio, y de algún modo u otro sus características han teñido el conjunto de la colectividad judía. En general, los procedentes de los países de Europa Oriental pertenecían a los estratos proletarios y del pequeño comercio y poseían limitado bagaje cultural; la segregación secular que experimentaron en sus sociedades de origen moldeó una personalidad básica signada por la acentuación de su tradicionalismo religioso y por el reforzamiento de sus vínculos familiares y comunitarios. Emigrados a sociedades en las que no se les colocaba en situación de exclusión, procuraron afanosamente, sin perder estas características ascender económica y culturalmente. En la medida en que las comunidades judías procedentes de otros países sufrieron similares situaciones de aislamiento, es dable observar también estas formas de vida. Los estereotipos más divulgados sobre el judío —avaro, gesticulante, chillón voraz negociante— se originaron quizá en el encierro peculiar de esas colectividades.

Los sefaradíes, procedentes de países del Mediterráneo oriental, se vieron impulsados a la emigración también por motivos de orden fundamentalmente económico. No presentan un grado de homo-

Un judío ortodoxo, trajeado a la eslava, pasea a los niños.



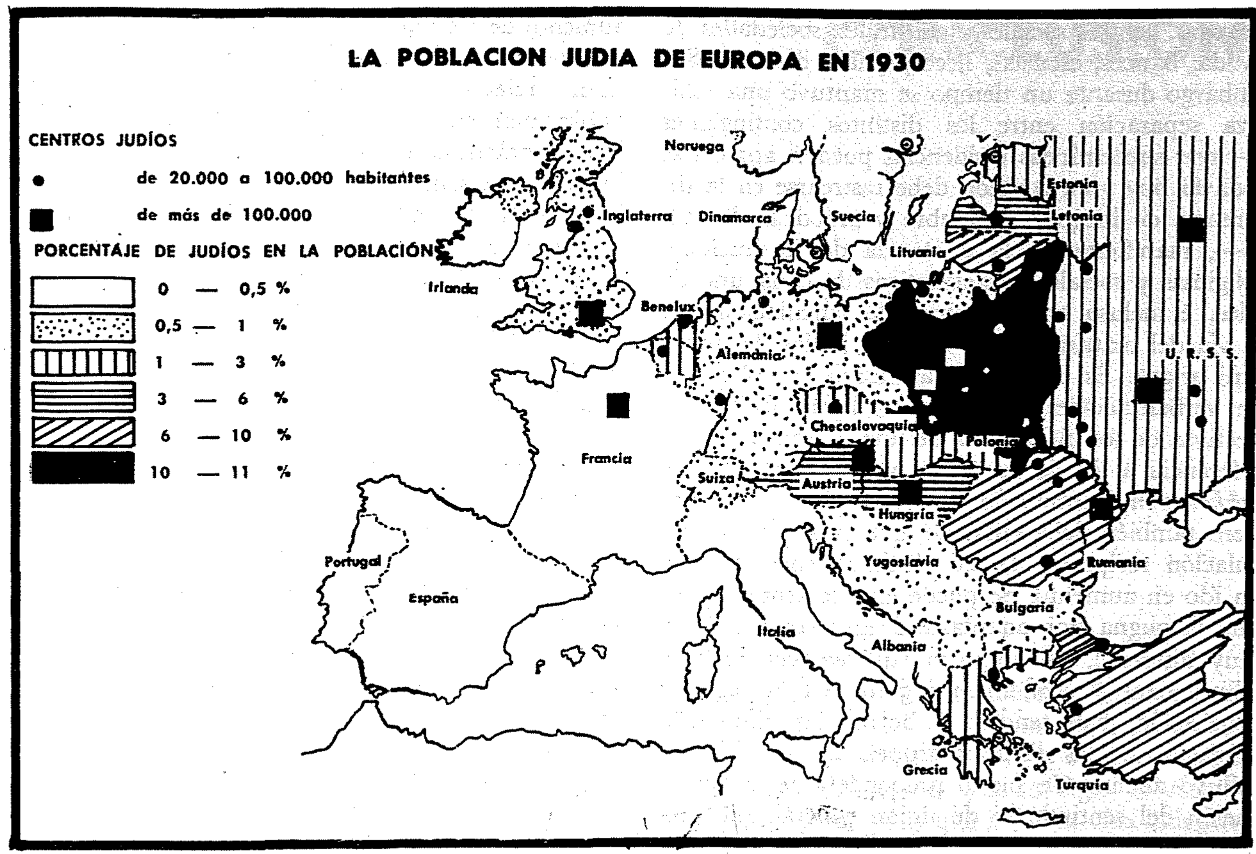
geneidad y sentido comunitario tan marcado como los *ashkenazim;* su identificación con la cultura de los países de procedencia es también mayor que entre aquéllos: baste recordar que los originarios de Europa Oriental mantuvieron el uso del *yidish,* en tanto sólo algunos grupos sefardíes continuaron hablando el *ladino* (viejo español) mientras la mayoría adoptó el árabe. Como consecuencia de la situación en que se encontraban los países del área de procedencia, su nivel de instrucción y económico fue también bajo, y también realizaron considerables esfuerzos de elevación social. Por su procedencia, su lenguaje, sus tradiciones y su especial manera de vivir la religión —que ha sido siempre mucho más emotiva que especulativa—, los sefaradíes mostraron una cierta renuencia a la integración con los restantes grupos judíos.

Los judíos de lengua alemana llegaron al país luego de 1933, como consecuencia de las persecuciones nazis. Fueron los chivos expiatorios de la "pureza racial" postulada por el teórico Rosenberg. El drama histórico y humano de su obligado desarraigo se vio agravado por el alto grado de asimilación de la cultura alemana y de identificación con sus valores nacionales que presentaban. Procedían de clases económicamente desahogadas y un elevado número tenía formación universitaria. Por ello su adaptación a la nueva sociedad no les resultó tan trabajosa como a los primeros inmigrantes judíos. En general, manteniendo su individualidad grupal, han mostrado una mayor tendencia a la unidad con el mayoritario grupo *ashkenazim* que los sefaradíes. No obstante, tienden a considerar que constituyen una *élite* intelectual y cultural.

Los judíos húngaros, provenientes de las clases medias, debieron emigrar por razones políticas; al imponerse en el poder el régimen autoritario del almirante Horthy se desató una campaña de persecución antijudía so pretexto de que Bela Kun, el líder de la derrotada revuelta comunista, tenía varios lugartenientes judíos. Este pequeño conjunto llegó a nuestro país entre 1926 y 1930. Del mismo modo, los judíos de Yugoslavia debieron ocultarse durante los años de ocupación nazi, o pasar a Italia donde encontraron mejores condiciones para eludir la persecución. Terminada la guerra, entre 1947 y 1951 llegaron a nuestro país los inmigrantes de aquel origen.

Los israelitas se radicaron —al igual que la generalidad de los inmigrantes arribados en este siglo— en el medio urbano y en especial en Montevideo. Sin embargo llevaron a cabo algunos intentos de colonización agrícola que no prosperaron. En 1914 —primeros tiempos de la inmigración judía al Uruguay— 38 familias se establecieron en campos próximos a la estación Porvenir, en Paysandú, fundando la colonia "19 de Abril". Venían de Río Grande del Sur, y formaban parte de un conjunto de unas 500 familias oriundas de Bielorrusia y Besarabia que habían constituido colonias agrícolas en el sur brasileño. Las plagas y sequías vedaron el desarrollo del intento, y la colonia entró algún tiempo después en franca declinación: en 1930 sólo se mantenían en el lugar la mitad de las familias llegadas; en 1935 quedaban apenas 5 familias; en 1940 todos habían emigrado y el último de los colonos había instalado una pulpería. Posteriormente a la formación de la "19 de Abril" se fundaron las colonias "Mercedes" en 1924 y "Tres Árboles" en 1938, pero su importancia fue menor y su declinación también rápida.

Los componentes de la mayor oleada inmigratoria judía, condicionados por la estructura social del país y por el hecho de arribar sin capitales que les permitieran empresas mayores, desarrollaron en el medio urbano las mismas actividades ar-



tesanales que habían cultivado en sus lugares de origen: relojería, sastrería, plomería, etc.; y, sobre todo, se difundió extraordinariamente entre ellos la práctica del pequeño comercio a plazos puerta a puerta. Fueron precisamente estos "rusos" vendedores (*klapers* —los que llaman a la puerta— o *cuentenikes* —los que llevan cuentas—), organizados luego en dos cooperativas, los que impusieron en las clases baja y media baja de Montevideo esta modalidad mercantil. Se agruparon principalmente en el barrio de Villa Muñoz, donde se crearon las primeras instituciones judías e incluso la primera sinagoga. Más adelante, y gracias a la creciente capitalización lograda en aquellas actividades, predominaron en ciertas ramas de la industria como los textiles y las confecciones, la mueblería, etc.

Los inmigrantes israelitas han expuesto una gran capacidad organizativa y un considerable grado de solidaridad interna, por lo que temprana y continuadamente han desplegado esfuerzos tendientes a afianzar la unión de las distintas colectividades. En este sentido son innúmeras las instituciones nucleadoras que han ido progresivamente creando: si-

nagogas, centros sociales y culturales, sociedades de ayuda, bancos, escuelas, liceos, clubes diversos. Sin embargo durante un tiempo se mantuvo una relativa separación entre los distintos contingentes —cuyas subterráneas disidencias pueden apreciarse todavía hoy y cuya razón debe rastrearse en la diferencia de lengua, costumbre y prácticas de culto—, manifiesta en la existencia de instituciones religiosas y sociales características de cada uno de ellos, e incluso en la restringida vinculación por la vía del matrimonio de familias judías de uno u otro origen. Es perceptible asimismo la utilización de verbalizaciones estereotípicas ligeramente despectivas de los integrantes de una colectividad con referencia a los de las otras, y en especial de los *ashkenazim* respecto de los *sefaradim* y viceversa. Pero también debe señalarse que el grado de vinculación recíproca de las distintas colectividades ha ido en aumento. Se puede en este sentido decir que la pugna por adaptarse a un marco cultural muy diferente, así como la equivalencia de nivel educacional y económico logrado en la segunda generación, han tendido a borrar las diferencias originales de los distintos grupos. En este proceso influyó además de modo preponderante la vigorización del sentimiento de unión general que produjo la formación del Estado de Israel y que ha estimulado la ideología sionista.

La primera generación de inmigrantes judíos se ha caracterizado por su conciencia de la diáspora y por el mantenimiento del espíritu de *ghetto,* así como por el ansia de ascenso social generalmente procurado y logrado a través del enriquecimiento. En la generación siguiente, y como consecuencia de una mayor integración a la sociedad uruguaya, se produjo un ablandamiento del cultivo de las tradiciones culturales judías, disminuyó el fervor religioso y con ello el grado de solidaridad grupal, lo que se tradujo sobre todo en el aumento de los matrimonios con no judíos. Actúan en este orden de cosas el conformismo o inconformismo relativos que los miembros del grupo experimenten en relación con los sentimientos, valores y prácticas de éste: cuanto mayor es la integración y la solidaridad de un grupo, más elevado es el grado de internalización de aquellas pautas tendientes a rechazar el matrimonio con individuos ajenos al mismo, considerándose este hecho como la pérdida de uno de sus miembros. En todas las colonias de inmigrantes se ha dado con mayor o menor énfasis la interdicción de la exogamia grupal, bastante estricta en un primer momento, para dar lugar después a actitudes de tolerancia con el aumento del grado de adaptación a la nueva sociedad.

Se ha procurado incentivar en los jóvenes el "fervor judío" mediante una educación integral en español y hebreo, complementada con una correlativa instrucción religiosa y facilitando la frecuentación recíproca en los clubes juveniles. En las nuevas generaciones la intensa vida comunitaria juvenil y las vicisitudes contemporáneas del Estado de Israel han hecho surgir un judaísmo sentimental salpicado de intelectualismo. En qué consiste el ser judío, qué implica la condición de judío, son los temas más amplia y frecuentemente discutidos en los foros juveniles, y ello no es casual: responde a la necesidad de redefinir sentimientos y valores nacionales específicos en el marco de las nuevas circunstancias, balancear un complejo sistema de lealtades y posiciones políticas no siempre fácilmente equilibrables, para lo cual deben tomarse en consideración los grupos judíos del Uruguay, los del resto del mundo, el Estado de Israel y también las problemáticas realidades de los pueblos latinoamericanos, de los bloques mundiales de poder y la posición ideológica con respecto a la organización de las sociedades futuras.

CONCLUSION

LOS ORIENTALES Y LOS URUGUAYOS

A lo largo de nuestra exposición sobre el legado de los inmigrantes se han mezclado los conceptos relativos a la composición física de un pueblo y al desarrollo de la cultura que lo caracteriza. En este sentido nos apartamos muchas veces del concepto etnológico de cultura (suma de creaciones materiales o inmateriales trasmitidas socialmente) para aludir, con preferencia, al conjunto de valores integrantes de un patrimonio espiritual que, por conferir a un pueblo particular características distintivas, es considerado digno de preservación y cultivo, tal como ocurre frecuentemente cuando se consideran los problemas de cultura en el marco de una nacionalidad. El lector debe escudriñar en el contexto de estas páginas dichos matices del concepto de cultura.

La tesis que sustentamos sobre la formación de nuestro pueblo y su cultura en el conjunto de los pueblos de América es que la etnia uruguaya posterior a la mitad del pasado siglo es sustancialmente diferente de la que inició la vida independiente. La gran emigración europea cambió radicalmente una etnia que presentaba muchos de los caracteres propios de un *Pueblo Nuevo* haciéndola asumir definitivamente los de los *Pueblos Trasplantados*. El "malón gringo" transformó a *los orientales* en *los uruguayos*.

No nos extenderemos sobre los múltiples efectos sociales e históricos de esta vasta inmigración europea, aunque queremos señalar los problemas que afectan la consolidación de una cultura típica de países de estibamiento demográfico. Generalmente se cree que los países nuevos son propicios a la formación de una cultura también nueva y

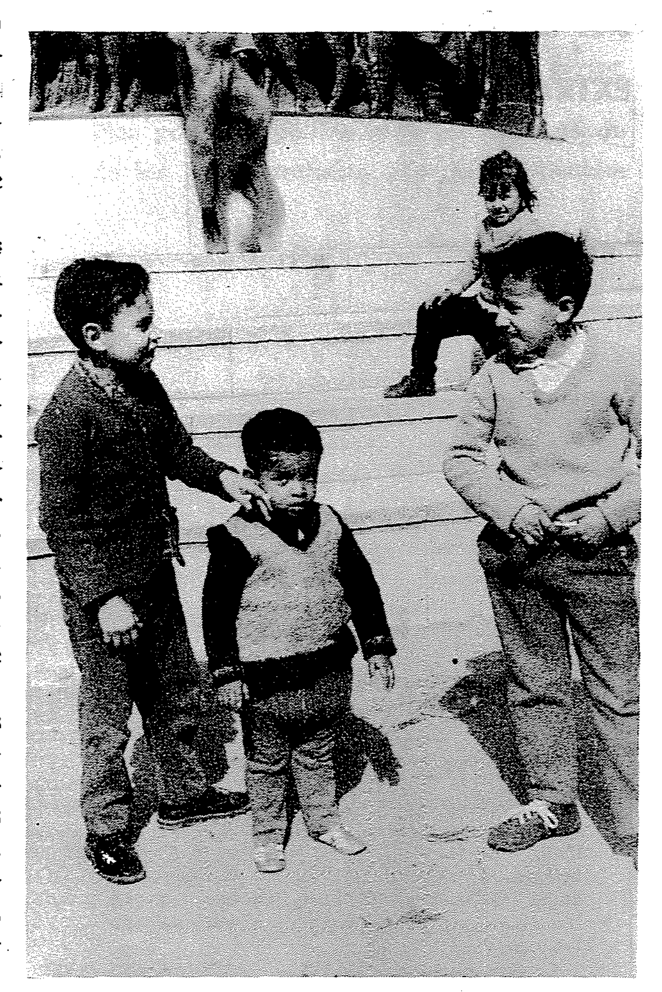

LA INMIGRACION EN AMERICA LATINA
INMIGRACIÓN ESPAÑOLA
INMIGRACIÓN ASIÁTICA
MESTIZOS
Callao
Bahía
INMIGRANTES ASIÁTICOS
ESPAÑOLES Y PORTUGUESES
San Pablo
Antofagasta
Santos
Río de Janeiro
ITALIANOS, POLACOS, ALEMANES
Buenos Aires
Montevideo
ALEMANES
VASCOS
FRANCESES
ITALIANOS
ESPAÑOLES
Gran inmigración europea
Valdivia
Corrientes de inmigración
Desplazamientos de población

en consecuencia vigorosa, pero se olvida que dicha cultura implica por lo común la aplicación de pautas "viejas" y que la creatividad cultural se vuelca fundamentalmente al logro de la adaptación de las mismas al nuevo ambiente. Por lo tanto, es muy débil la elaboración de pautas efectivamente nuevas.

Por ello el problema cultural principal de las sociedades de este tipo, es el de definir una cultura auténtica, sólo fiel a sí misma, poseedora de una armonía interna que la vuelva eficaz como instrumento ubicador de su sociedad en el mundo en que vive sin verse envuelta en los hilos multiplicados de la dependencia. Cierto es que teniendo en cuenta los canales de comunicación contemporáneos y las coyunturas históricas actuales es difícil el mantenimiento de la autenticidad cultural. Ello parece más factible en la medida en que el aislamiento es mayor o el nivel de civilización más bajo y, desde luego, en la medida en que la independencia económica —y política— constituye un efectivo logro.

Deudora histórica de las creaciones de varios pueblos pero en especial de los del área mediterránea, nuestra cultura actual no es sólo el producto de la suma de los aportes traídos por los distintos contingentes. Los medios de comunicación masivos (prensa, radio, televisión satelitizada) están produciendo la "cocacolonización" del mundo, es decir, desfigurando sus culturas originales, vedando la creatividad de las mismas e impidiendo su afianzamiento como concepciones del mundo y de la vida.

La cultura de los "uruguayos" de hoy carece de la fuerza distintiva de la de los "orientales" de ayer. Su gran tarea inmediata será la de crear, a partir de los distintos fragmentos formadores de este *Pueblo Trasplantado,* una cultura auténtica que se inscriba en el conjunto de las culturas de los pueblos de América. Y ello sólo será posible en el ambiente creador de una efectiva liberación económica, política y ética de los alienantes lazos de dependencia que nos estaquean en el "patio trasero" del poder imperial.



Al pie de la estatua del vasco Zabala, dialogan las etnias de un pueblo aluvional.

APENDICE I

EXTRANJEROS EN EL URUGUAY SEGUN EL CENSO DE 1963

País de Nacimiento	Montevideo	Interior	Total	%
Argentina	19.345	9.611	28.956	13,88
Brasil	5.657	12.264	17.921	8,59
Paraguay	1.666	468	2.134	1,02
Chile	1.011	163	1.174	0,56
América Central	397	59	456	0,22
Bolivia	205	41	246	0,12
Perú	184	24	208	0,10
Venezuela	158	36	194	0,09
Colombia	154	27	181	0,09
Ecuador	131	8	139	0,07
México	104	18	122	0,06
Estados Unidos	979	275	1.254	0,60
Canadá	53	7	60	0,03
España	65.627	7.127	72.754	34,86
Italia	28.579	7.093	35.672	17,09
Polonia	8.039	1.304	9.343	4,48
Rusia	5.140	1.860	7.000	3,35
Alemania	4.235	1.391	5.626	2,70
Yugoslavia y Checoslovaquia	3.161	729	3.890	1,86
Bulgaria, Rumania y Albania	2.461	602	3.063	1,47
Portugal	1.683	720	2.403	1,15
Hungría	1.984	275	2.259	1,08
Francia	1.618	398	2.016	0,97
Austria	1.245	236	1.481	0,71
Grecia	670	120	790	0,38
Inglaterra	531	133	664	0,32
Benelux	395	149	544	0,26

País de Nacimiento	Montevideo	Interior	Total	%
Suiza	332	111	443	0,21
Países Escandinavos	153	64	217	0,10
Otros países de Europa	50	37	87	0,04
Turquía	2.164	154	2.318	1,11
Líbano	1.087	629	1.716	0,82
Irán, Irak, Arabia y Jordania	327	135	462	0,22
Israel	235	18	253	0,12
Otros países del Cercano Oriente	1.233	191	1.424	0,68
Egipto	287	22	309	0,15
Argelia	41	42	83	0,04
Marruecos	69	7	76	0,04
Túnez	13	2	15	0,01
Otros países de África	36	15	51	0,02
Japón	158	56	214	0,10
China	153	7	160	0,08
Otros países de Asia	33	16	49	0,02
Australia	28	9	37	0,02
Nueva Zelandia y N. Guinea	15	—	15	0,01
Otros países de Oceanía	2	1	3	0,00
Total sin información	132	66	198	0,10
TOTAL	161.960	46.720	208.680	100,00

APENDICE II

EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES

Plan para una posible investigación ampliada de los temas tratados y/o esquematizados

I Parte - INTRODUCCIÓN

I — FORMACIÓN DE LOS PUEBLOS AMERICANOS.
1 — Criterios tipológicos.
2 — El proceso migratorio y la mestización.
3 — Áreas raciales y áreas culturales de Sudamérica.

II — POBLACIÓN Y CULTURA DE LA PATRIA VIEJA.
1 — El trasfondo indígena.
2 — Proceso histórico del poblamiento nacional.
3 — La cultura hispánica nuclear.

III — LA INMIGRACIÓN AL URUGUAY EN LOS SIGLOS XIX y XX.

II Parte — LOS EUROPEOS

I — LOS COMPLEJOS CULTURALES DEL ÁREA MEDITERRÁNEA.
1 — Relictos prehistóricos.
2 — La cultura material.
3 — La cultura espiritual.

II— LA INMIGRACIÓN ESPAÑOLA.
1 — Los canarios.
2 — Gallegos y asturianos.
3 — Catalanes, mallorquinos, levantinos, andaluces.
4 — La herencia hispánica.

III — LA INMIGRACIÓN FRANCESA.
1 — La etnia vasca.
2 — Pirenaicos orientales: bearneses y bigourdianos.
3 — Franceses no pirenaicos.
4 — El legado cultural de Francia.

IV — LA INMIGRACIÓN ITALIANA.
1 — Piamonteses, lombardos, genoveses.
2 — Napolitanos, sicilianos, calabreses.
3 — La italianización de la cultura rioplatense.
4 — Sociología del "cocolichismo".

V — CORRIENTES INMIGRATORIAS MENORES
1 — Ingleses y alemanes.
2 — Helvéticos y piamonteses.
3 — Eslavos y magiares.
4 — Los judíos.
5 — Armenios y libaneses.
6 — Otros grupos minoritarios.

III Parte — AFROAMERICANOS Y FRONTERIZOS

I — LOS AFROAMERICANOS.
1 — La esclavitud y la trata en la Banda Oriental.
2 — Contribuciones africanas a la etnia nacional.
3 — Los afrouruguayos en la sociedad uruguaya contemporánea.

II — LOS FRONTERIZOS.
1 — Los argentinos.
2 — Los brasileños.
a) La cultura tradicional de base pecuaria.
b) El bilingüismo fronterizo.
c) La penetración de cultos sincréticos afrobrasileños.

IV Parte — CONCLUSIÓN

Los orientales y los uruguayos.

BIBLIOGRAFIA

ALEM, Jean-Pierre: 1963, **Armenia.** Buenos Aires.

ASSUNÇÃO, Fernando: 1968, **Orígenes de los bailes tradicionales en el Uruguay.** Montevideo.

BARRIOS PINTOS, Aníbal: 1966, **El grupo colónico de San Javier.** Suplem. Dominical de "El Día", Nº 1722. Montevideo.

COMBA, Ernesto: 1926, **Historia de los Valdenses.** Buenos Aires.

CORSO, Raffaele: 1953-54, **La "couvade" y su interpretación.** Runa Nº VI. Buenos Aires.

COROMINAS, Joan: 1961, **Breve diccionario etimológico de la lengua castellana.** Madrid.

COOPER, John: 1942, **Areal and temporal aspects of aboriginal South American Culture.** Primitive Man, Vol. 15, Nros. 1-2. Washington.

CROUZET, Maurice: 1959, **L'Époque Contemporaine. A la recherche d'une civilisation nouvelle.** París.

CHEVALIER DE SAINT-ROBERT, Marcel: 1848, **Le Géneral Rosas et la Question de la Plata.** París.

DELGADO, Jaime: 1957, **Introducción a la historia de América.** Madrid.

DE LORENZO-CÁCERES, Andrés: 1944, **Los trajes canarios de Alfredo Diston.** Tagoro Nº 1. La Laguna de Tenerife.

DE MARMIER, Xavier: 1967, **Buenos Aires y Montevideo en 1830.** Montevideo.

DE MARSILIO, Horacio: 1969, **El lenguaje de los uruguayos.** Montevideo.

DUPREY, Jacques: 1952, **Voyage aux origines françaises de l'Uruguay.** Montevideo.

FOSTER, George M.: 1962, **Cultura y Conquista. La herencia española de América.** Veracruz.

GUARNIERI, Juan Carlos: 1969, **La lengua popular que hablamos y escribimos.** Montevideo.

GOBELLO, José: 1963, **Vieja y nueva lunfardía.** Buenos Aires.

INSTITUTO STEPHEN WISE - Congreso Judío Mundial: 1957, **Judíos en el Uruguay.** Montevideo.

ISABELLE, Arsenio: 1943, **Viaje a Argentina, Uruguay y Brasil en 1830.** Buenos Aires.

JEROZOLIMSKI, José: 1968, **Algunas características de la vida judía en el Uruguay.** Semanario Hebreo, 24 oct. Montevideo.

LE LONG, John: 1884, **L'émigration et la colonisation françaises aux rives de la Plata de 1840 a 1884.** París.

MEO ZILIO, Giovanni: 1964-65, **Algunos italianismos en el español popular del Río de la Plata.** Diálogo, año VI-VII, Nros. 23-31. Montevideo.

ODDONE, Juan Antonio: 1968, **Los gringos.** Montevideo.

PÉREZ VIDAL, José: 1944, **Contribución al estudio de la medicina popular canaria.** Tagoro Nº 1. La Laguna de Tenerife.

PI HUGARTE, Renzo: 1969, **El Uruguay indígena.** Montevideo.

PIVEL DEVOTO, Juan E. y RAINIERI, Alcira: 1956, **Historia de la República Oriental del Uruguay.** Montevideo.

ROSSI, Rómulo F.: 1926, **Recuerdos y crónicas de antaño.** Montevideo.

SÁNCHEZ-PÉREZ, J. A.: 1933, **La covada.** Investigación y Progreso, II. Madrid.

SCHNERB Robert: 1967, **El siglo XIX.** Barcelona.

SERRA-RÁFOLS, Elías: 1944, **De los trabajos folklóricos del Instituto.** Tagoro Nº 1. La Laguna de Tenerife.

TRON, Ernesto: 1928, **Historia de la Iglesia de Colonia Valdense.** Montevideo.

VÁZQUEZ FRANCO, Guillermo: 1968, **Ingleses, ferrocarriles y frigoríficos.** Montevideo.

VIDART, Daniel: 1955, **La vida rural uruguaya.** Montevideo.

1961, **Regionalismo y universalismo de la cultura gallega.** Montevideo.

1965, **Edición y notas a "Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo" de Juan I. Muñoa.** Montevideo.

1966, **El rancho uruguayo. Tipología y técnicas constructivas.** Boletín uruguayo de Sociología. Año V, Nros. 10 y 11. Montevideo.

1967, **El tango y su mundo.** Montevideo.

1969, **El gran Montevideo.** Montevideo.

WIRTH, Juan Carlos: 1944, **Colonia Suiza hace 80 años: la inmigración al Uruguay en 1841.** Montevideo.

ZANIER, Guido: 1966, **Influenza dell'italiano sulla lingua scritta rioplatense (1810-1852).** Quaderni di Ricerca Scientifica. Montevideo.

PLAN DE LA OBRA
(Continuación)

25. MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN
Roque Faraone

26. LA CRISIS ECONÓMICA
Instituto de Economía

27. ÁRBOLES Y ARBUSTOS
Atilio Lombardo

28. LA PRADERA
Esteban F. Campal

29. EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES - I
Renzo Pi Hugarte y Daniel Vidart

30. LA PRODUCCIÓN
Pablo Fierro Vignoli

31. PLANTAS MEDICINALES
Blanca A. de Maffei

32. LA ECONOMÍA DEL URUGUAY EN EL SIGLO XIX
W. Reyes Abadie y José C. Williman (h.)

33. HACIA UNA GEOGRAFÍA REGIONAL
Asociación de Profesores de Geografía

34. LA CLASE DIRIGENTE
Carlos Real de Azúa

35. LAS CORRIENTES RELIGIOSAS
Alberto Methol Ferré

36. RÍOS Y LAGUNAS
Raúl Praderi y Jorge Vivo

37. PLANTAS ORNAMENTALES

38. LA VIVIENDA
Juan P. Terra

39. EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES
Daniel Vidart y Renzo Pi Hugarte

40. GEOGRAFÍA DE LA VIDA
Rodolfo V. Talice y Jorge Chebataroff

LOS TRANSPORTES
Ariel Vidal - Luis Marmouget

LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA
José L. Morador

EL PLATA Y EL ATLÁNTICO
Juan Soriano

FRONTERA Y LÍMITES
Enrique Mena Segarra

LOS RECURSOS NATURALES Y SU CONSERVACIÓN
Raúl Vaz - Ferreira

LA SALUD PÚBLICA
José Royol - Juan P. Silva Antuña

POLÍTICA Y SOCIEDAD
Antonio Pérez García

LA ECONOMÍA DEL URUGUAY EN EL SIGLO XX
W. Reyes Abadie y José C. Williman (h.)

LA CULTURA NACIONAL COMO PROBLEMA
Mario Sambarino

PERSPECTIVAS PARA UN PAÍS EN CRISIS
Luis Faroppa

LOS EDITORES PODRÁN, SIN PREVIO AVISO, SUSTITUIR CUALQUIERA DE LOS TÍTULOS ANUNCIADOS O ALTERAR EL ORDEN DE SU APARICIÓN

RESERVE DESDE YA EL PROXIMO VOLUMEN:

GEOGRAFIA DE LA VIDA

RODOLFO V. TALICE - JORGE CHEBATAROFF

PLAN DE LA OBRA

1. EL URUGUAY INDÍGENA
   Renzo Pi Hugarte
2. EL BORDE DEL MAR
   Miguel A. Klappenbach - Víctor Scarabino
3. RELIEVE Y COSTAS
   Jorge Chebataroff
4. EL MOVIMIENTO SINDICAL
   Germán D'Elía
5. MAMÍFEROS AUTÓCTONOS
   Rodolfo V. Tálice
6. IDEAS Y FORMAS EN LA ARQUITECTURA NACIONAL
   Aurelio Lucchini
7. EL SISTEMA EDUCATIVO Y LA SITUACIÓN NACIONAL
   Mario H. Otero
8. TIEMPO Y CLIMA
   Sebastián Vieira
9. IDEOLOGÍAS POLÍTICAS Y FILOSOFÍA
   Jesús C. Guiral
10. RECURSOS MINERALES DEL URUGUAY
    Jorge Bossi
11. ANFIBIOS Y REPTILES
    M. A. Klappenbach y B. Orejas-Miranda
12. TIPOS HUMANOS DEL CAMPO Y LA CIUDAD
    Daniel Vidart
13. AVES DEL URUGUAY
    Juan P. Cuello
14. LA SOCIEDAD URBANA
    Horacio Martorelli
15. INSECTOS Y ARÁCNIDOS
    Carlos S. Carbonell
16. LA SOCIEDAD RURAL
    Germán Wettstein - Juan Rudolf
17. EL DESARROLLO AGROPECUARIO
    Antonio Pérez García
18. SUELOS DEL URUGUAY
    Enrique Marchesi y Artigas Durán
19. HIERBAS DEL URUGUAY
    Osvaldo del Puerto
20. COMERCIO INTERNACIONAL Y PROBLEMAS MONETARIOS
    Samuel Lichtensztejn
    EL TURISMO EN EL URUGUAY
    Volumen extra
21. EL SECTOR INDUSTRIAL
    Juan J. Anichini
22. FÚTBOL: MITO Y REALIDAD
    Franklin Morales
23. PECES DEL URUGUAY
    Raúl Vaz-Ferreira
24. EL LENGUAJE DE LOS URUGUAYOS
    Horacio de Marsilio

COMPLETE SU COLECCION

Precio de venta al público, sujeto a modificación de acuerdo a la ley número 13.720 del 16 de diciembre de 1968. (COPRIN): $ 160.—